Marisa Gallego

ERIC HOBSBAWM Y LA HISTORIA CRÍTICA CONTEMPORÁNEA

MAIPUE

Marisa Gallego

ERIC HOBSBAWM Y LA HISTORIA CRÍTICA CONTEMPORÁNEA

MAIPUE

Eric Hobsbawm

y la historia crítica contemporánea

Marisa Gallego

Editorial

MAIPUE

Eric Hobsbawm y la historia crítica contemporánea

Marisa Gallego

© 2016 Editorial Maipue

Zufriategui 1153 (1714) Ituzaingó, Prov. de Buenos Aires

Tel./Fax 54-011-4458-0259

Contacto: promocion@maipue.com.ar / ventas@maipue.com.ar

www.maipue.com.ar

Facebook: Editorial Maipue

ISBN: 978-987-3615-79-5

Imagen de tapa: Paisaje cubano, (Óleo sobre tela, 1933) de Marcelo Pogolotti

Diseño de tapa: DisegnoBrass

Diagramación: Paihuen

Corrección y colaboración en la edición: María Valle

Gallego, Marisa Eric Hobsbawm y la historia crítica contemporánea / Maris

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por otro cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

Introducción

Eric Hobsbawm: una historia crítica contemporánea

Una voz crítica

La otra historia del siglo xx

Académico y radical

Primera parte

Una aproximación biográfica: Eric Hobsbawm como historiador e intérprete de su propio siglo

Infancia en el centro de Europa

Berlín y las sombras del nazismo

La cultura en tiempos de Weimar

Un judío en el Tercer Reich

Cambridge “rojo”

Actividad estudiantil

El corazón de la Academia

Historiador e intérprete de su tiempo

Todos contra Hitler

El clima de la “guerra fría”

Mayo de 1968

Solidaridad con Vietnam y Cuba

Segunda parte

La historiografía británica y francesa

Los Annales

Positivismo

La transición

Historia social

Su propia revista

Antonio Gramsci

Marx y los historiadores

Caricatura deformada del marxismo

La crisis de 1956

Estalinismo

Discusiones encendidas

La fidelidad

La Nueva Izquierda de los años 60

Esperanza contra mediocridad

Renovación

La New Left Review

Una historiografía marxista en el corazón del imperio

Las polémicas de Hobsbawm

El viejo y los jóvenes

La polémica con Louis Althusser

Polémica con Edward Thompson

Los ecos de La Marsellesa y la posmodernidad

El bicentenario de la Revolución francesa

La derecha y el revisionismo

La historiografía académica en Francia

Historia y posmodernidad

Historia de las clases subalternas

Historia social

El bandolerismo social

Tercera parte

Las “eras” de Hobsbawm

Pensar la contemporaneidad

La era de la revolución

La era del capital

La era del imperio

El ascenso del capitalismo industrial

Cataclismos y rupturas

Sociología y materialismo histórico

Industrialización y miseria popular

El “progreso” y sus víctimas

Los destructores de máquinas

Abajo el rey, todos somos iguales

Jacobinismo y vanguardia

La primavera de la lucha de clases

El invierno de la dominación burguesa

El “drama del progreso”

El “progreso” de los vencedores

Arriba los pobres del mundo

Tradiciones inventadas

La era del imperio

Depresión y monopolios

Todos juntos por el botín

Trabajadores del mundo

Partido proletario y democracia para todos

Adiós al liberalismo

Imperialismo, fase superior del capitalismo

Zapata vive, la lucha sigue

Hobsbawm y el “corto siglo xx”

Una era de catástrofes

La era “dorada”

Descomposición, incertidumbre y crisis

Un espectro recorre el mundo

El cielo por asalto y sus repercusiones

La era de los fascismos

La respuesta capitalista

¿Revolución fascista?

Una historia partisana

La Resistencia

Viva la República

Apunten contra los nazis

La Guerra Fría

Armamentismo y hegemonía estadounidense

Maccarthismo y control de la disidencia

Guerra contra el Estado de bienestar

Hobsbawm y las tres oleadas revolucionarias

La primera esperanza

La descolonización

La tercera ola de revoluciones

El Tercer Mundo

Más allá de Occidente

América Latina desde adentro

De la derrota del año 68 a la era Thatcher

El Mayo francés

El fin del predominio de Keynes

Hobsbawm frente a la “Dama de hierro”

La guerra de Malvinas

La “nueva era” Blair

El “socialismo real” del corto siglo xx

Balance crítico de la URSS

La caída del socialismo

El derrumbe

El estancamiento

La posguerra fría

¿El retorno de la barbarie?

El nacionalismo en el anochecer del siglo xx

El separatismo en Europa del Este

El Estado de Israel

Pesimista y escéptico

El sombrío futuro europeo

A modo de conclusión

Compromiso y toma de partido

Palabras clave

Bibliografía de Eric Hobsbawm

Eric Hobsbawm en Internet

Datos de la autora

Introducción

Eric Hobsbawm: una historia crítica contemporánea

Una voz crítica

En la actualidad, Eric Hobsbawm es uno de los historiadores más leídos, de mayor prestigio y reconocimiento a nivel internacional. Representa, desde el campo de la historia, una de las principales voces críticas de nuestro tiempo. Esta lucidez contrasta con la mansedumbre de otros intelectuales y pensadores de fines de siglo xx y comienzos del xxi. En sus debates y en su producción bibliográfica, el historiador inglés sostiene la perspectiva totalizadora, insiste en una concepción de la historia que se opone a las miradas fragmentarias y al relativismo de las posiciones académicas posmodernas.

Eric Hobsbawm pertenece a una tradición de historiadores radicales que introdujeron importantes innovaciones en la disciplina histórica.

Inició sus investigaciones sobre los resultados catastróficos que la gran industrialización inglesa y el avance del capitalismo significaron para las clases subalternas. Es decir que orientó sus estudios tanto hacia el campo de la historia social como de la protesta social. Desde su primera obra, Rebeldes primitivos (1959), nunca abandonó este interés por la otra historia del capitalismo, su cara oculta: la de los humillados, la clase trabajadora y los rebeldes.

Hobsbawm forma parte de la corriente historiográfica marxista que nace en el Reino Unido en los años cuarenta, junto con Christopher Hill, Leslie Morton, Robert Browning, Edward Thompson y Maurice Dobb. Como historiador, comienza publicando breves artículos sobre las condiciones de la clase obrera inglesa, los oficios y los sindicatos en la Economic History Review.

La otra historia del siglo xx

Su Historia del siglo xx (1994), un ágil y ameno relato del mundo contemporáneo, tuvo una excelente recepción en el público masivo. Aunque Hobsbawm gozaba de un prestigio académico de larga trayectoria, esta obra lo consagró como historiador fundamental y cronista de su propio tiempo.

En este texto, desde una perspectiva crítica, Hobsbawm dispara sus reflexiones a modo de balance político del "siglo corto", como lo califica. Lo llama así ya que de acuerdo a su periodización del siglo xx, este comienza recién en 1914 con el estallido de la Primera Guerra Mundial y termina en 1991, con el derrumbe del socialismo soviético. Propone un recorrido de la historia con una gran fuerza imaginativa y a su vez una mirada pesimista y desconfiada respecto al nuevo orden mundial (la globalización) que emerge de aquel derrumbe.

Hobsbawm logra reunir en una poderosa síntesis, numerosas investigaciones y aportes de la historia económica y social europea. Sin embargo, no se propone profundizar la investigación de primera mano, sino aportar más bien una reflexión original, planteando varias hipótesis que iluminan deliberadamente los aspectos elegidos por el historiador.

El relato no descarta sus impresiones y anécdotas personales y privilegia áreas de la experiencia social ausentes en otras crónicas del siglo xx: el movimiento de la Resistencia europea al nazismo, la historia del desarrollo del socialismo, la Internacional Comunista (y sus virajes políticos subordinados a Moscú), los movimientos campesinos de América Latina, las mareas de la revolución mundial, la historia de Europa del Este más que la de Europa Occidental.

Hobsbawm se presenta como un observador partícipe que intenta comprender "su" siglo, y expresar un punto de vista nunca desprovisto de pasión. Es un historiador que privilegia fundamentalmente las rupturas, las revoluciones y los cambios sociales.

Académico y radical

Profesor en la Universidad de Cambridge, impulsor de la revista marxista Past and Present (fue uno de sus fundadores en 1952, en pleno clima ideológico de la Guerra Fría) y miembro del grupo de historiadores del Partido Comunista británico, Eric Hobsbawm siempre ejerció el oficio de historiador comprometido. Él mismo se sitúa como parte de esta contracorriente y tradición radical.

Hobsbawm pagó un alto costo por su compromiso. La Segunda Guerra Mundial retrasó el comienzo de su carrera académica, así como el contexto político de la Guerra Fría restringió la oferta de publicaciones editoriales. Sin embargo, en ese clima cultural poco propicio, Hobsbawm desarrolló su vida académica como profesor de Historia Social y Económica en el Birkbeck College de la Universidad de Londres y en la New School University de Nueva York.

Primera parte

Una aproximación biográfica: Eric Hobsbawm como historiador e intérprete de su propio siglo

Con un propósito autobiográfico, Hobsbawm publica su obra Años interesantes. Una vida en el siglo xx (2002) a la edad de ochenta y cinco años. Estas memorias son un complemento de su relato como historiador profesional y especialista. A través de su experiencia personal se propone contribuir a la comprensión de una época de la que se siente protagonista, en tanto observador lúcido y testigo privilegiado.

Tal como expresara en una entrevista, Hobsbawm tiene la sensación de haber estado en el lugar justo, en el momento indicado. El simple hecho de haber vivido en la Europa del siglo xx le permitió presenciar varios acontecimientos históricos que marcaron a su generación.

Infancia en el centro de Europa

Por esa autobiografía sabemos que Hobsbawm nació en Alejandría, en 1917; el mismo año de la Revolución de Octubre en Rusia. Sus padres –británico él y austriaca ella– se habían conocido en Egipto, por entonces bajo el protectorado británico (más tarde, él bautizará aquellos tiempos como “la Era del imperio”). En el período de entreguerras pasó su infancia en Viena, empobrecida capital del imperio de los Habsburgos que se desintegró al finalizar la Primera Guerra Mundial. Hobsbawm, miembro de una familia de clase

media judía (su abuelo era un próspero joyero vienés) creció con el idioma y la cultura germana, en una época en que la mayoría de los austriacos creían que debían formar parte de Alemania (la anexión hitleriana de Austria –el anschluss– se producirá en 1938).

Para la comunidad judía de Viena ser “alemán” significaba asimilarse, entrar a formar parte del mundo burgués y moderno, superar el aislamiento o las persecuciones de Europa del Este (los guetos o aldeas judías de Polonia, Checoslovaquia y Hungría). Por entonces nadie imaginaba que Alemania, como advierte Hobsbawm, “un país moderno, se deshiciera para siempre de toda su población judía, cosa que no ocurría desde 1492 en España. Mucho menos cabía imaginar su aniquilación física”[1] .

En 1929, la crisis familiar afecta a Hobsbawm: muere su padre, y apenas dos años después su madre, de apenas treinta y seis años. En consecuencia, Eric Hobsbawm y su hermana tuvieron que mudarse con sus tíos maternos Sydney y Gretl.

Berlín y las sombras del nazismo

La cultura en tiempos de Weimar

El futuro historiador llega a Berlín en 1931, cuando la economía mundial se hunde en la Gran Depresión y el desempleo golpea a su propia familia. Bajo la débil República de Weimar, que se instauró en Alemania al terminar la Primera Guerra, concurre a una escuela muy convencional y conservadora de tradición prusiana, que se destacaba además por su club náutico. Según sus propios recuerdos, Hobsbawm no aprendió absolutamente nada en las clases de historia "excepto los nombres y la cronología de los emperadores alemanes"[2]. Sin embargo, su estancia en Berlín, hizo del joven un partidario comunista para toda la vida. Comenzó por leer a Karl Marx (quien despertó su verdadera pasión por la historia) y vivió el contexto de ascenso del Tercer Reich. Por entonces, sus compañeros de clase no lo identificaban como un joven judío sino por su condición de británico y en tanto tal, insistían en echarle la culpa del Tratado de Versalles que había significado la humillación de Alemania en la primera posguerra.

Como Hobsbawm destaca, la República de Weimar fue un período excepcional en la historia de la cultura alemana, las artes y las ciencias, incluso la edad de oro del cine mudo alemán. En la Alemania de entreguerras surgieron importantes vanguardias culturales: el teatro de Bertolt Brecht (1878-1956), la Escuela de Frankfurt, la Bauhaus –la escuela de arte y diseño que marcó el estilo de dos generaciones tanto en la arquitectura como diseño– que expresaron su entusiasmo con la Revolución rusa. Estas vanguardias estéticas, que luego fueron perseguidas y disueltas bajo el régimen nazi, también tuvieron influencia en la producción de

cine comercial. Por entonces, su tío Sydney Hobsbawm trabajaba para la productora cinematográfica Universal Films, cuyo propietario, de origen alemán era uno de los magnates de Hollywood (este regresaba anualmente de sus visitas a Alemania con nuevas ideas). En sus estudios, por ejemplo, rodaron películas clásicas de terror como Drácula y Frankenstein inspiradas en los modelos expresionistas alemanes. También a comienzos de los años 1930, estrenaron Sin novedad en el frente, basada en una novela antibélica que los nazis, impulsores del rearme, boicotearon realizando manifestaciones en su contra. La productora tuvo que aceptar una nueva ley de 1932 que obligaba a las compañías de cine extranjeras a contratar un 75% de empleados alemanes; por este motivo, su tío Sydney (de nacionalidad británica) perdió el contrato de trabajo, en un contexto de creciente desempleo.

Un judío en el Tercer Reich

Hobsbawm vivió en Berlín en el momento de ascenso del nazismo. Incluso recuerda el día en que Adolf Hitler se convirtió en Canciller de Alemania. El 30 de enero de 1933, siendo estudiante y al regresar de la escuela con su hermana, leyó los titulares del periódico y presenció las manifestaciones nazis que acompañaron el traspaso del poder. Las medidas de excepción transformaron a Alemania en un Estado totalitario. En febrero, el edificio del Reichstag (Parlamento) fue incendiado y los nazis atribuyeron la acción al Partido Comunista alemán que fue declarado ilegal. Los dirigentes socialdemócratas y comunistas fueron encarcelados o eligieron el exilio. Uno de ellos, George Demitrov (1882-1949), de origen búlgaro, representante de la iii Internacional (Komintern) tuvo que declarar en los tribunales nazis frente a Hermann Goring.

En abril de 1933 las campañas antisemitas fueron acrecentándose, Hitler anunció el boicot a los negocios judíos y en este contexto, la familia Hobsbawm decide trasladarse a Londres, por entonces la ciudad más grande de Europa.

Durante toda la década de l930, muchos intelectuales judíos y antifascistas que abandonaron Europa Central encontraron refugio en el Reino Unido. Algunos exiliados participaron en el campo académico británico (como Karl Polanyi). Eric Hobsbawm llegó de adolescente pero pronto obtendría una beca para comenzar sus estudios en Cambridge.

Cambridge “rojo”

Actividad estudiantil

Cuando Eric Hobsbawm llegó a Inglaterra, el gobierno británico de Neville Chamberlain era partidario de “apaciguar” a Hitler, es decir llevar adelante una política de concesiones a la revitalizada Alemania que anunciaba el rearme. Mientras tanto, Hobsbawm se sumaba a las filas de los jóvenes antifascistas comprometidos en la actividad académica y política de la Universidad de Cambridge; los estudiantes se oponían a cualquier tipo de compromiso y negociación con la Alemania nazi.

Hobsbawm ingresó a Cambridge en 1936. Recuerda a su generación estudiantil como “la más radical y la más roja”[3] de la historia de la Universidad. Cambridge es una institución que se remonta al siglo xiii y que prepara a sus estudiantes para convertirlos en pilares de una prestigiosa tradición cultural británica. Por entonces, tenía una fuerte reputación académica internacional en el campo de las ciencias naturales, pero las ciencias sociales, exceptuando los estudios en economía, estaban relegadas a un segundo plano.

Invitado a unirse a la rama estudiantil del Partido Comunista británico, Hobsbawm se comprometió también con el periodismo universitario y participó del popular “Club socialista”, que propiciaba la unidad antifascista entre los estudiantes. El crecimiento de esta agrupación se debe, según Hobsbawm, al “efecto Munich en Cambridge”[4], es decir al repudio y la oposición activa que despertó en la universidad la política británica de

“apaciguamiento”. Esta política había legitimado a través de un acuerdo inaceptable con Adolf Hitler, la expansión alemana en Europa del Este (anexión de territorios de Checoslovaquia).

Durante el período de entreguerras, el Partido Comunista británico seguía las orientaciones de la iii Internacional e incluía una “sesión colonial” para los jóvenes estudiantes de Asia (provenientes de las clases asimiladas de las colonias británicas) que, obviamente, tenían un interés especial por la historia del Tercer Mundo. Eric Hobsbawm mantenía vínculos especiales con estos jóvenes de las colonias, compañeros militantes que más tarde desempeñarían un papel destacado como dirigentes políticos en los procesos de descolonización. Su compañero Pieter Keunemann, por ejemplo, sería secretario general del Partido Comunista de Sri Lanka.

El corazón de la Academia

En la década de 1930, Cambridge tenía una reputación menos conservadora que la Universidad de Oxford, pero, aún así, era muy difícil encontrar entre sus profesores destacados algún partidario del Partido Laborista.

Como señala el futuro historiador, las condiciones políticas del continente en los años 30 anunciaban una sucesión ininterrumpida de desastres: Europa se precipitaba hacia la catástrofe y el primer episodio se desencadenaría en España con la caída de la República y la Guerra Civil. La Universidad de Cambridge contaría a uno de sus estudiantes entre los voluntarios que marcharon en las famosas Brigadas Internacionales, y entre las víctimas de la Guerra Civil española. Aunque fue la Década de la Gran Depresión y del ascenso del fascismo, también puede enfocarse el período de entreguerras como el de las luchas y resistencias antifascistas. Hobsbawm fue observador y partícipe de esta experiencia común europea; vivió

tres meses en París en 1936 bajo el gobierno del Frente Popular encabezado por el socialista Léon Blum. Allí acompañó a su tío Sidney en la realización de películas y documentales de carácter político entre las que cabe destacar La Marsellesa del director francés Jean Renoir. En esas circunstancias, Eric pudo presenciar en directo, subido en un camión de filmación, la celebración del Día de la Bastilla de 1936.

Ese mismo año Hobsbawm intentó llegar a Cataluña. Atravesando la frontera alcanzó un pueblo cuya comuna estaba controlada por los grupos anarquistas españoles. Pero como había cruzado la frontera en forma irregular, el joven británico fue interrogado por los milicianos que, a punta de revólver, lo condujeron de vuelta a la frontera francesa. En Años interesantes Hobsbawm comenta, con fina ironía, este único y breve contacto con los republicanos españoles:

"Así pues, mi contacto fugaz con la Guerra Civil española acabaría con mi expulsión de la República"[5].

Historiador e intérprete de su tiempo

Todos contra Hitler

Eric Hobsbawm pertenece a la generación que tuvo una experiencia directa de la Segunda Guerra Mundial. Se incorporó al Ejército británico en una compañía cuya misión fue improvisar defensas en la costa inglesa, ante una eventual invasión alemana. Hobsbawm era el único intelectual de su compañía compuesta casi en su totalidad por zapadores de la clase obrera. Durante 1940, Hitler invadió Noruega, Dinamarca, los Países Bajos y ocupó París. La arrolladora expansión alemana por toda Europa propició el pesimismo y el derrotismo en el estado de ánimo de los británicos. Frente a la amenaza nazi, el futuro historiador tuvo meses de exhaustiva actividad; eran rutina del ejército: cavar fosos, cargar sacos de arena, minar los terrenos y colocar detonadores en los puentes. En agosto de ese mismo año, Hitler inicia los ataques aéreos a Gran Bretaña y dirige bombardeos nocturnos a Londres. Finalmente, en 1941, Hobsbawm fue trasladado al Cuerpo de Educación del Ejército hasta finalizar la guerra.

Inglaterra, separada de Europa continental por el Canal de la Mancha, pudo escapar a la ocupación nazi y no compartió la experiencia de los movimientos de Resistencia que desarrollaron en Francia –los “maquis”–, y los grupos “partisanos” en Italia, Yugoslavia, Bulgaria y Grecia. No obstante, estos movimientos antifascistas reforzaron, en la generación del historiador, el principio de solidaridad internacional (un internacionalismo que se prolongó en las décadas siguientes). Así en la inmediata posguerra, Hobsbawm participó de un equipo “democratizador” que colaboró en la tarea de “reeducar” y “desnazificar” a los alemanes en el norte

de ese país, a pocos kilómetros de Alemania Oriental. Así fue su primer contacto con la población alemana que había permanecido allí durante el nazismo. Entre los numerosos “reeducadores judíos” llegados de Reino Unido, pudieron observar como vivían los ciudadanos alemanes, entre las ruinas y escombros de sus ciudades, y en un contexto de hundimiento total de la economía. Alguno de sus colegas, como el célebre historiador británico Edward Thompson, participó como voluntario en las brigadas de reconstrucción de posguerra en Yugoslavia y Bulgaria.

El clima de la “guerra fría”

La militancia estudiantil del período de entreguerras se prolongaría durante su larga carrera profesional. Hobsbawm continuó como miembro del Partido Comunista británico hasta su disolución en 1991, y se incorporó al mundo académico en la primera etapa de la Guerra fría. Por entonces, señala el historiador, los gobiernos europeos adherían a la política de “contención” del comunismo en Europa. Pese a esta contención –diferente del maccarthismo que significó un fuerte control ideológico en el mundo académico norteamericano (más pronunciado en las ciencias sociales)–, Hobsbawm pudo desarrollar su profesión de historiador en las instituciones universitarias británicas.

Después de la guerra regresó a Cambridge como investigador y en 1948, comenzó a dictar clases en el Departamento de Historia del Birkbeck College, cuyo claustro docente estaba compuesto en su mayoría, por votantes del Partido Laborista. Hobsbawm señala que todos los docentes que fueron designados en puestos antes de ese año, permanecieron en ellos, no se produjeron purgas ni despidos. También trabajó en calidad de tutor de estudiantes y examinador de historia, aunque a lo largo de la década de 1950, le rechazaron varias veces su solicitud para dictar la Cátedra de Historia Económica en la Universidad de Cambridge. Recién en 1959, Hobsbawm pudo conseguir su ascenso como profesor adjunto en

Londres.

Mayo de 1968

La década de 1960 abrió el campo de la historiografía marxista británica, en sintonía con un nuevo clima ideológico. Hobsbawm también fue testigo de las jornadas estudiantiles del Mayo francés. Había sido invitado a participar en el simposio de Marx, celebrado en París, bajo los auspicios de la UNESCO. Recuerda en su autobiografía:

"Por pura casualidad la conmemoración del aniversario de Marx coincidió con el momento más caliente de la gran rebelión estudiantil de París".

En esos días, a las manifestaciones estudiantiles se sumaron las ocupaciones de fábricas y las manifestaciones obreras; la huelga general paralizó a Francia e hizo tambalear al régimen del general Charles De Gaulle (1890-1970). Este cumplía diez años en el poder (1958-1968).

De este modo, el historiador inglés se convirtió en un "observador partícipe" de otro acontecimiento paradigmático del siglo, aunque reconoce que en ese momento no supo interpretar el verdadero significado de los acontecimientos del año 68.

Por aquel entonces, su reacción frente a la revuelta estudiantil fue de escepticismo. Sentía que los estudiantes que cuestionaban el sistema universitario francés, empleaban el mismo vocabulario que su generación, pero no hablaban el mismo idioma: el Mayo

estudiantil se limitó a la crítica cultural. De este modo Hobsbawm subestimó el impacto de lo sucedido en el año 68 en el sistema político francés: esa gran oleada de "contestatarios" y la irrupción de un movimiento estudiantil politizado por las guerras de Argelia y de Vietnam, que se manifestó tanto en las Universidades europeas como en las instituciones norteamericanas. En ese momento, Hobsbawm compartió afinidades políticas con el Partido Comunista francés y su rechazo inicial a la revuelta estudiantil a la que veía impulsada por algunos "grupúsculos universitarios" (trotkistas, maoístas o anarquistas).

El sociólogo francés Alain Touraine, contemporáneo de Hobsbawm, escribió en un ejemplar de Rebeldes Primitivos "aquí están los primitivos de una nueva rebelión", en referencia a la insurrección estudiantil de Mayo del 68.

Solidaridad con Vietnam y Cuba

El año anterior Hobsbawm había dictado clases en Estados Unidos durante el período más álgido de la protesta estudiantil contra la guerra de Vietnam. Quedó entonces muy sorprendido al enterarse de que los jóvenes de la Universidad de Berkeley leían con entusiasmo su libro Rebeldes primitivos y podían identificarse con esos otros rebeldes sociales. También Hobsbawm visitó Cuba en los años 60, como otros tantos intelectuales interesados en el proceso revolucionario de la isla. Incluso tuvo la oportunidad de participar en una conversación política en la que ofició de traductor del argentino Ernesto "Che" Guevara (1928-1967). En 1967, viajó a Bolivia, para presenciar el juicio del joven filósofo francés Régis Debray, discípulo de Louis Althusser, encarcelado en La Paz por su participación en la guerrilla del Che.

Hasta aquí, su biografía, sus compromisos políticos y su formación

académica. Esta experiencia de vida contribuyó a marcar un estilo original en la carrera del historiador y en sus valiosos aportes a la historiografía británica.

1 E. Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo xx.

2 E. Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo xx.

3 E. Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo xx.

4 E. Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo xx. Para un análisis del Acuerdo de Munich ver en su Historia del siglo xx, el capítulo “Contra el enemigo común”.

5 E. Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo xx.

Segunda parte

La historiografía británica y francesa

Los Annales

La escuela marxista británica a la que pertenece Eric Hobsbawm es paralela al desarrollo de la Escuela francesa de los Annales, fundada en el continente europeo por los historiadores Marc Bloch (1896-1944) y Lucien Febvre (1878-1956). Ambas corrientes constituían de algún modo un frente común contra la historiografía tradicional, la historia política y diplomática signada por la sucesión de "reyes, batallas y tratados". Por entonces, el sujeto privilegiado de la historia era el Estado-nación y las relaciones internacionales. Además la historia académica en términos occidentales pecaba de eurocentrismo, se restringía en gran medida al estudio del Primer Mundo, Rusia y Japón.

Positivismo

La historia académica británica estuvo dominada, hasta la década de 1940, por la tradición positivista de Leopold von Ranke (1795-1886), historiador alemán que postuló el "análisis científico" del pasado. El culto positivista del "pasado objetivo", independiente de las preocupaciones del presente, se ocupaba exclusivamente de la historia diplomática de los estados y su política exterior. Este tipo de historia narrativa, esencialmente descriptiva y cronológica, consistía en una mera recolección de hechos, opuesta a todo tipo de generalización y abocada al estudio riguroso de los documentos. Fue la historia tradicional que aprendió Hobsbawm en Berlín (la "sucesión de emperadores alemanes") pero también en la

Universidad de Cambridge. En Francia, la Sorbona fue el reducto de este modo de entender la historia.

En el período de entreguerras, tanto los miembros de la llamada Escuela de los Annales en Francia como los historiadores marxistas británicos, coincidieron en introducir importantes innovaciones en la disciplina:

• orientaron sus estudios hacia la historia económica y social;

• estudiaron los procesos de “larga duración”, una dinámica diferente a la historia centrada en los meros acontecimientos políticos y militares;

• propiciaron la apertura de la historia a métodos de otras disciplinas sociales (antropología, economía, demografía y sociología).

Además de compartir el oficio, Hobsbawm comparte con los historiadores franceses la experiencia traumática del fascismo y la guerra.

Durante la ocupación alemana de París, la célebre revista Annales d¨Histoire Economique et Sociale (Anales de historia económica y social) continúa publicándose, pero su director Marc Bloch, tiene que escribir con pseudónimo. Bloch había sido expulsado de su cátedra en la Sorbona por su condición de judío y sus nexos políticos con la resistencia francesa. Murió fusilado por los nazis en 1944. Otro miembro de Annales, Fernand Braudel (1902-1985), al igual que Hobsbawm en su propio país, se enroló en el ejército y fue

detenido por los alemanes y enviado a un campo de prisioneros (Lübeck) entre 1940 y 1944.

La transición

En la segunda posguerra, ambas escuelas historiográficas coincidieron en enfocar el estudio de los siglos xvi y xvii, es decir el proceso de la transición del feudalismo al capitalismo. Así la historiografía marxista confluía con Annales en el campo de la historia económica y social. En Gran Bretaña el debate surgió en torno al libro de Maurice Dobb, Estudios sobre el desarrollo del capitalismo y en Francia con la obra clásica del historiador Fernand Braudel, El mediterráneo y el mundo mediterráneo (1949).

Hobsbawm destaca los aportes de Fernand Braudel, quien perteneció a la segunda generación de la Escuela de los Annales y, a partir de 1946, fue codirector junto a Febvre de la revista Annales d¨Histoire Economique et Sociale. A partir de sus trabajos se propició la apertura de la historia hacia los métodos de otras disciplinas sociales y la crítica al positivismo liberal de la Sorbona.

Bajo el influjo del estructuralismo de Claude Lévi Strauss (1908-2009), Braudel introdujo en la historiografía francesa:

• el concepto de “larga duración” (el ritmo lento de la historia estructural);

• la idea de la pluralidad de los tiempos históricos, para dar cuenta de los diferentes ritmos, de las continuidades y los cambios.

La historia económica y demográfica de Annales ejerció su hegemonía académica en Francia durante los años 40 y 50, e introdujo el método cuantitativo en la historiografía, es decir, los datos cuantificables (series de precios, salarios, población) y mediciones de los ciclos económicos. También introdujo la historia de las mentalidades.

Annales adoptó el modelo estructuralista, alejándose de la historia positivista de los meros acontecimientos políticos. Orientó sus estudios hacia las estructuras sociales y las mentalidades ("cárceles de la larga duración", según la metáfora de Braudel). Esta historia casi inmóvil que reposa en la continuidad lenta, es la historia de las estructuras económicas y sociales, de cuyos límites los hombres y sus experiencias no pueden librarse.

El influjo y prestigio de la Escuela francesa de Annales se prolongó hasta el Mayo de 1968, cuando los nuevos enfoques historiográficos emanciparon a los sujetos históricos del estructuralismo ("las estructuras no salen a la calle", indicaban los grafitis del año 68). Por entonces, el enfoque teórico del estructuralismo que dominó fundamentalmente la etapa braudeleana perdió su hegemonía académica, y los sucesores de Annales adoptaron posiciones posestructuralistas.

Historia social

En el Reino Unido, la historia económica tiene una larga tradición intelectual desde los estudios de Adam Smith (1723-1790) y los economistas clásicos. Pero la historia social, tal como la entiende Hobsbawm, debió polemizar con esa tradición para comprender qué significado tuvieron las transformaciones económicas en la

experiencia de la gente común y en la formación de la clase obrera británica.

En el campo marxista, puede citarse como un estudio precursor, el ensayo de juventud de Friedrich Engels (1820-1895) sobre La situación de la clase obrera en Inglaterra.

Hobsbawm destaca las afinidades y relaciones fecundas con los historiadores franceses en el campo de la historia social. No obstante, el enfoque marxista británico los distanció de la Escuela de los Annales, cuyo paradigma teórico fue siempre difuso por falta de una concepción global de la sociedad y un análisis de cuáles son las relaciones sociales estratégicas en el marco de las estructuras económicas.

Hobsbawm formó parte de la Escuela Práctica de Altos Estudios en Ciencias Sociales, presidida por Braudel, en calidad de director de investigaciones asociado. Este compromiso que lo llevaba regularmente a París significó un importante intercambio académico con la Escuela francesa.

Su propia revista

También el primer número de la revista de historia Past and Present (1952), fundada por Hobsbawm hacía referencia a la revista francesa Annales. El historiador francés Jacques Le Goff, uno de sus lectores, gustaba comparar ambas publicaciones en la década del 50.

Como señala Hobsbawm en el contexto de la Guerra Fría, la revista

marxista de los historiadores británicos Past and Present introdujo debates muy importantes, entre otros, el de la transición del feudalismo al capitalismo (conocida polémica entre el economista norteamericano Paul Sweezy y el inglés Maurice Dobb). También incluyó entre sus colaboradores a autores no marxistas, como Lawrence Stone y John Elliot.

La revista había surgido de los debates de la Agrupación de Historiadores del Partido Comunista británico y se convirtió en el medio principal de expresión de los nuevos enfoques: Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Robert Browning y Leslie Morton.

A diferencia de Annales, los marxistas británicos no privilegiaron una historia social pasiva y despolitizada de “larga duración” (las estructuras, la demografía, la historia cuantitativa interesada por ciclos de precios y salarios). El enfoque estructuralista de Annales plantea un problema esencial para los historiadores: el de las relaciones entre la estructura social y el sujeto en la historia. Es decir, el problema de la acción humana en la maquinaria de la causalidad estructural. En este sentido, el aporte académico de los historiadores ingleses al campo de la historia social propone un giro gramsciano y en la década de 1950, se orienta a:

• el cambio social y la acción colectiva de los hombres;

• la historia de las clases sociales en lucha, las formas de resistencia de los sometidos y explotados (rebeldes y bandidos);

• la historia del movimiento obrero inglés, sus antecedentes y organizaciones obreras.

Antonio Gramsci

Sin duda, la incorporación de los aportes teóricos de Antonio Gramsci (1871-1937) para el estudio de las clases subalternas, le otorgó un sesgo distintivo a la historia social en el Reino Unido. Los manuscritos del pensador marxista italiano (sus Cuadernos de la cárcel) escritos en la prisión fascista entre 1929 y 1934, pudieron ser rescatados y trasladados al extranjero gracias a la intervención de su cuñada, Tatiana Schucht. También tuvo incidencia su amigo, el célebre economista Piero Sraffa, quien pagó la compra de gran parte de los libros que Gramsci leyó en la cárcel. Eric Hobsbawm conoció personalmente a Sraffa en Cambridge. Él le proporcionaría los contactos con los intelectuales antifascistas de Italia durante la década del 50, entre ellos el historiador Delio Cantimori.

Antonio Gramsci inicia una tradición teórica que vincula estrechamente la cultura con el concepto de hegemonía (para entender la fortaleza y complejidad de la dominación burguesa en los países occidentales). Gramsci sostiene que, históricamente, los grupos sociales subalternos siempre sufren la iniciativa de los grupos dominantes, con el propósito de desorganizar y reorganizar (moralizar) la cultura popular.

Bajo la influencia de esta tradición gramsciana, la historia social británica estuvo orientada inicialmente hacia los estudios del movimiento obrero inglés, y los movimientos de protesta de los trabajadores:

• el ludismo;

• el cartismo;

• las revoluciones del año 48.

Luego, su campo de estudio se fue complejizando y se amplió a la investigación sobre:

• las clases subalternas;

• las protestas campesinas;

• el bandolerismo social;

• el terreno de la cultura popular.

Hobsbawm hizo su aporte en este último campo, con estudios como Bandidos, Rebeldes Primitivos. Posteriormente, sobre la clase obrera publicó Trabajadores, El mundo del trabajo y Gente poco corriente.

La idea del primer libro de Eric Hobsbawm, Rebeldes primitivos surge en Italia, e incluye varios estudios sobre los movimientos sociales rurales y el bandolerismo en el sur italiano. Hobsbawm también participa en la organización del Congreso de Estudios sobre Antonio Gramsci, patrocinado por el Partido Comunista italiano en 1958. Es el único historiador británico presente. En esa oportunidad conoce al presidente del partido, Palmiro Togliatti (1893-1964), por quien no oculta su admiración, a pesar de que lo recuerda políticamente como un “estalinista puro y duro”.

Marx y los historiadores

Ya es un lugar común considerar como una extravagancia o una rareza la prolongada adscripción de Eric Hobsbawm al marxismo y al Partido Comunista británico. El pedido de una explicación aparece en todas sus entrevistas. Él mismo aclara que esa lealtad a la iii Internacional y a la URSS nunca significó la aprobación incondicional de la línea política de Moscú.

Eludiendo los clásicos prejuicios académicos, Hobsbawm no duda en definir a Marx como su maestro intelectual. Además destaca la influencia marxista en la transformación de la historiografía contemporánea, aunque ese fenómeno tuvo un impacto desigual en el ámbito académico de cada país. En Francia, por ejemplo, la influencia del marxismo en la historiografía fue relativamente menor hasta después de la Segunda Guerra Mundial, ya que en el período de entreguerras había sido la Escuela de los Annales la que llamó la atención sobre las dimensiones económicas y sociales de la historia. En Reino Unido su influencia fue mayor tanto en la generación de historiadores a la que pertenece Eric Hobsbawm y su revista Past and Present, como en la nueva generación de marxistas británicos que publicó la New Left Revie, en la década de 1960.

Caricatura deformada del marxismo

Hobsbawm advierte que entre algunos historiadores se destaca la influencia del llamado “marxismo vulgar”, identificado con una serie de ideas relativamente sencillas:

• la explicación puramente economicista, que postula un supuesto "factor económico" (el lento empuje del desarrollo de las fuerzas productivas) como dinámica determinante;

• el modelo explicativo de la sociedad de "base" y "superestructura", interpretado como una relación de dominio y dependencia directa de la primera (la base económica) sobre la segunda;

• la creencia en leyes "inevitables" de la historia, el fatalismo económico que supone una sucesión de formaciones sociales, guiada por una evolución automática y necesaria de las sociedades humanas. Es decir una línea única de evolución;

• la interpretación determinista de los textos de Marx, por ejemplo del Manifiesto Comunista, que acentuaría la confianza en que el capitalismo está destinado "inevitablemente" a ser enterrado por sus sepultureros, los obreros modernos.

Estas ideas representan una selección sumamente sesgada de las opiniones de Marx sobre la historia. En su conjunto, terminan asimilando y subordinando el marxismo a opiniones no marxistas, evolucionistas y positivistas.

Sin embargo, como destaca Hobsbawm, la inmensa fuerza de Marx reside en su insistencia tanto en la existencia de una estructura social como en su historicidad, o dicho de otra manera, en su dinámica interna de cambio. Lejos de una lectura determinista, Hobsbawm señala que el capitalismo es un fenómeno perecedero, y que el cambio histórico tiene lugar mediante la praxis social, es decir, mediante la acción colectiva de los sujetos históricos.

Además el propio Marx distaba de ser unilineal. Por el contrario, ofreció una explicación de por qué algunas sociedades evolucionaron de la Antigüedad Clásica al capitalismo, pasando por el feudalismo (Europa Occidental), y también por qué otras sociedades (que agrupó bajo el modo asiático de producción) no siguieron el mismo proceso de la historia económica europea.

En los años 60, Hobsbawm destaca un debate del campo historiográfico: el renacimiento de la discusión entorno a lo que Marx denominó el "modo de producción asiático". Si el concepto de modo de producción es útil para los historiadores, señala Hobsbawm, es porque destaca relaciones estratégicas que intervienen en el proceso de trabajo social y no como un esquema universal para clasificar a todas las sociedades. Los trabajos de Maurice Godelier, y más tarde de Eric Wolf han significado una gran contribución desde la antropología al abordar el problema concreto de la periodización en la concepción materialista de la historia. La conclusión de ese debate apunta a reforzar la idea de que la historia no es orientada y no hay una secuencia evolutiva de los modos de producción. La mayoría de las sociedades extraeuropeas no pueden encuadrarse en categorías que surgen de la historia económica y social de Europa Occidental. Antes bien, la historia tiene muchas vías de desarrollo posible.

La crisis de 1956

Estalinismo

La Agrupación de Historiadores Comunistas formada en la posguerra y presidida por Hobsbawm no sobrevive a la crisis de 1956, cuando la Unión Soviética invade Hungría. Apenas dos años antes, en 1954, una delegación de historiadores marxistas británicos (Christopher Hill, Robert Browning y Leslie Morton) había visitado Moscú, invitados por la Academia de Ciencias. Pero la intervención militar soviética en Budapest y la deportación de jóvenes y obreros húngaros, propició que esta agrupación abriera una brecha en la disciplina partidaria. La mayoría de los historiadores marxistas británicos firmaron una carta colectiva de protesta, que tuvo una amplia repercusión al ser publicada por la prensa ajena al partido.

Además, el Movimiento Comunista Internacional empezó a desintegrarse en 1956. La estructura deliberadamente centralizada había reducido a los partidos occidentales a meras secciones disciplinadas y subordinadas al partido soviético. La denuncia de los crímenes de Joseph Stalin (1879-1953) y el "culto a la personalidad" en el xx Congreso del PCUS (Partido Comunista de la Unión Soviética), el Informe de Nikita Krushchev (1894-1971) y el aplastamiento de la insurrección húngara, precipitaron la crisis global de este "gran movimiento ideológico y político" –en palabras de Hobsbawm– generado por la Revolución de octubre de 1917.

También terminaba la historia de afinidades y compromisos entre los intelectuales y el marxismo; y varios grupos fuera de la órbita de

Moscú reclamaron su herencia cultural.

Discusiones encendidas

Sin embargo, las apasionadas polémicas en torno al estalinismo no hicieron desertar a Eric Hobsbawm del Partido Comunista británico. Pero sí a la mayoría de los intelectuales que se alejaron de sus filas y se congregaron en la Nueva Izquierda, como el historiador Edward Thompson (1924-1993), Raphael Samuel (1934-1996) y el profesor de literatura Raymond Williams (1921-1988), tres de las figuras más destacadas de esta corriente intelectual que tuvo una gran influencia en la década del 60.

El pequeño Partido Comunista británico, que no constituía un partido de masas como el italiano o el francés (después de la Segunda Guerra, el Partido Comunista francés representaba la organización de la mayoría de la clase obrera francesa, mientras que en Inglaterra los obreros permanecieron fieles al Partido Laborista), se resintió bastante al perder una tercera parte de sus miembros.

La fidelidad

La pregunta clave en la biografía intelectual y política de Hobsbawm es la siguiente: ¿por qué, en el contexto crítico de 1956, evita la ruptura de su organización partidaria y no participa en la corriente de la Nueva Izquierda británica?

En la práctica, como él mismo reconoce, dejó de ser un militante

activo del Partido Comunista británico. Aunque presidía la Agrupación de Historiadores Comunistas, en 1956 esta se disuelve. De allí en adelante, Hobsbawm continuó como simpatizante o, según la expresión entonces al uso, "compañero de viaje". Más que una pertenencia efectiva al partido británico optó por estrechar relaciones políticas y académicas con el Partido Comunista italiano, con cuyos intelectuales mantuvo vínculos fraternos y de respeto cultural. Pero su larga trayectoria y continuidad en el Movimiento Comunista Internacional tiene para él una explicación fundacional:

"Yo no llegué al comunismo como un joven británico en Inglaterra, sino como un centroeuropeo en pleno hundimiento de la República de Weimar. Y llegué a él cuando ser comunista significaba no solo combatir el fascismo, sino la revolución mundial."[6]

Eric Hobsbawm había abrazado esas ideas revolucionarias siendo un adolescente judío en Berlín. En 1936 se había afiliado formalmente al Partido Comunista británico en Cambridge. Europa se precipitaba entonces hacia la catástrofe. Hobsbawm perteneció a la generación que abrazó la línea de unidad antifascista, cuando la iii Internacional promovía lo que él califica como una "buena causa": construir alianzas políticas y campañas para enfrentar a los fascismos europeos. La estrategia del Frente Popular, que propiciaba esta unidad antifascista fue adoptada por la Internacional en 1935, impulsada por el nuevo secretario general George Dimitrov y el dirigente italiano Palmiro Togliatti. Estos frentes ganaron elecciones en Francia y España. Sin embargo, Hobsbawm se manifiesta poco crítico al indicar que, en 1938, el Partido Comunista británico "sorprendió" a sus aliados proponiéndoles el apoyo al ministro conservador Winston Churchill (1874-1965).

Entre 1939 y1941, la Komintern abandona esta línea de unidad antifascista, en virtud del pacto de no agresión firmado por Stalin con Alemania (conocido como pacto Ribentropp-Molotov). El acuerdo entre el estalinismo y el nazismo significaba el reparto de

Polonia y alejaba momentáneamente a la Unión Soviética de la Segunda Guerra Mundial, calificada como guerra “imperialista”.

La Nueva Izquierda de los años 60

Esperanza contra mediocridad

Poco tiempo después de la crisis de 1956, en la década de 1960 la rebelión y la disidencia cultural fueron un aspecto dominante de la llamada “nueva izquierda” intelectual. Una atmósfera crítica, apasionada, turbulenta, pero esperanzada reemplazó, según Hobsbawm, a la mediocridad de los años cincuenta. Durante la llamada Primera Guerra Fría, los ideólogos de las sociedades de Occidente manifestaron desesperación o escepticismo y un producto típico de esos años, fue la obra de Daniel Bell, El fin de la ideología (1960).

Pero el impacto de la Revolución Cubana, la liberación de Argelia, el movimiento por los Derechos Civiles de los afroamericanos y la resistencia estudiantil contra la Guerra de Vietnam contribuyeron a la radicalización política de las nuevas generaciones. Ello se expresó en un creciente activismo estudiantil, como el del año 68.

Y si bien la economía Occidental atravesaba un período de crecimiento con el desarrollo de los estados de bienestar tanto en Europa como en los Estados Unidos, durante esta “edad dorada”, señala Hobsbawm, surgieron nuevos movimientos sociales que asumieron una perspectiva contestataria, una crítica cultural al capitalismo y a la izquierda burocrática (estalinismo).

Renovación

En este contexto se produjo también una importante renovación intelectual del marxismo británico. Según Hobsbawm, la lectura y publicación de las corrientes centroeuropeas fue particularmente fecunda y atractiva para este cambio: se recuperaron las obras de György Lukács (1885-1971), Antonio Gramsci (1891-1937), Ernst Bloch (1880-1959) y Henri Lefebvre (1905-1991), representantes de esta tradición crítica de la corriente marxista oficial. En el terreno de la teoría, estos pensadores rechazaban las versiones darwinistas y positivistas del marxismo, por ejemplo, la de Karl Kautsky (1854-1938). También eran recelosos de aquellos aspectos del Marx maduro y de Friedrich Engels que pudieran fomentar el determinismo económico en detrimento del voluntarismo y su papel en la historia. Filosóficamente tendían a subrayar los orígenes hegelianos de Marx, sus escritos juveniles y un texto clave: Los Manuscritos económico-filosóficos de 1844.

El instrumento conceptual de este nuevo marxismo fue “la alienación”, a contrapelo de la versión estalinista soviética, que había mostrado una intolerancia y censura hacia los elementos hegelianos de los escritos de Marx anteriores a 1848.

Bajo el régimen de Stalin se afirmaba la absoluta originalidad de las ideas de Marx como dogma oficial, su ruptura respecto a las posiciones de Hegel (1770-1831), y censuraban los escritos del joven Marx que tuvieran una influencia hegeliana. Un compendio sistemático de estos dogmas elaborados en los años 1930, aparece simplificado en forma pedagógica en la Historia del Partido Comunista Bolchevique de la Unión Soviética, en cuya redacción intervino el propio Stalin.

La New Left Review

Los rebeldes de 1956 apelaron al humanismo del joven Marx para rechazar la represión política e intelectual del estalinismo.

A partir de los años 60, en el Reino Unido comenzó a publicarse la New Left Review, en la que participaban los historiadores Edward Thompson, Raphael Samuel –quienes provenían, como ya se dijo, de la ruptura con el Partido Comunista– y algunos jóvenes radicales de Oxford como el teórico de la cultura jamaiquino Stuart Hall (1932), su primer director.

La revista estuvo vinculada en sus comienzos a la Campaña para el Desarme Nuclear en Europa y fue el órgano de un amplio movimiento socialista organizado informalmente en todo el país en los new left clubs.

En 1963 un nuevo comité editorial encabezado por el historiador Perry Anderson[7] tomó el relevo (junto a Tom Nairn y Robin Blackburn). Así, en los años 70, la revista se convirtió en la publicación más importante de la nueva generación de marxistas británicos.

Eric Hobsbawm, de la "vieja guardia" de historiadores, fue un asiduo colaborador de la revista, se publicaron allí varios de sus ensayos y reseñas de sus obras.

También en 1960, Hobsbawm comenzó a dictar clases en los Estados Unidos. Hasta ese momento sus solicitudes de visado para visitar ese país habían sido rechazadas por las restricciones de la Guerra Fría, pero en el verano de 1960 pudo enseñar en la Universidad de Stanford, invitado por el economista Paul Baran, un

refugiado alemán de los años treinta; y en 1967, ocupó una cátedra en el prestigioso Massachussets Institute of Technology (MIT).

Una historiografía marxista en el corazón del imperio

En la década de 1960 la New Left Review, como revista socialista independiente, introdujo las ideas de los pensadores marxistas europeos desconocidos en Inglaterra. Publicó las traducciones de la obra de György Lukács, Karl Korch (1886-1961), expulsado del Partido Comunista alemán, Antonio Gramsci , Theodor Adorno (1903-1969) de la Escuela de Frankfurt y exiliado en Estados Unidos durante el nazismo, Louis Althusser (1918-1990), Lucien Goldmann (1913-1970) y difundió la primera traducción inglesa de los Grundrisse (borradores de El Capital) de Marx. Aunque el repertorio era muy variado, la influencia decisiva para la nueva corriente historiográfica británica fue sin duda la del pensador italiano Antonio Gramsci. Sus conceptos fueron desplegados en toda la obra historiográfica de este período, orientada fundamentalmente hacia la historia del movimiento obrero, de las clases subalternas y la cultura popular. Un ejemplo representativo es la obra del historiador Thompson, La formación de la clase obrera en Inglaterra, publicada en 1963. Este texto tuvo una notable repercusión. Conquistó no solo a los historiadores profesionales sino también a los jóvenes lectores radicales. Este estudio thompsoniano, señala Hobsbawm, además de “escapar de la jaula de la vieja ortodoxia del partido”, despertó un amplio interés y generó una especie de debate colectivo (Ver su polémica con Thompson). Hobsbawm expresa su admiración por este historiador desaparecido en 1993, al destacar que “no solo poseía talento, brillantez, erudición y el don de la escritura, sino también genio en el sentido tradicional de la palabra”[8].

La New Left Review también tomó parte en la Campaña de Solidaridad con el pueblo de Vietnam. Durante los años 60, la revista tuvo una mayor repercusión intelectual y política que Past

and Present, publicada por la anterior generación de historiadores marxistas y dirigida por Hobsbawm.

Las polémicas de Hobsbawm

El viejo y los jóvenes

Sin embargo, el balance de Hobsbawm sobre la Nueva Izquierda británica es bastante escéptico. En la práctica, señala, sus aportes fueron intelectualmente fecundos pero su papel político fue insignificante: “no reformaron el Partido Laborista ni el Partido Comunista, no dieron lugar a nuevos partidos de izquierda, ni a nuevas organizaciones”[9].

Además el carácter revolucionario de la Nueva Izquierda occidental, afirma el historiador, no fue producto de una crisis capitalista en el sentido económico, como lo había sido la Gran Depresión de 1930. Por el contrario, la Nueva Izquierda emergió en un contexto de expansión sin precedentes que se extendió hasta finales de los años setenta. De modo que lo que parecía no marchar era esta sociedad de la “opulencia”, de la abundancia. Es decir, la crítica económica dejó de estar de moda para abrir paso a la crítica sociológica y cultural. El modelo de referencia concreto ya no estaba representado por la Revolución Bolchevique, sino por los procesos de transformación en el Tercer Mundo: Cuba, Vietnam y China.

Pero la dificultad política de esta joven izquierda es que no contó con un respaldo social como fue el pilar de la vieja izquierda obrera, ni tampoco con fuertes bases electorales. Hobsbawm no duda en calificar de “románticos por naturaleza” a sus colegas historiadores Edward Thompson y Raphael Samuel, y considera sus proyectos culturales (los talleres de historia y el Partisan Coffee

House) como una “nota marginal casi olvidada”. Mientras tanto, él optó por continuar alineado con el llamado “eurocomunismo” de posguerra.

La polémica con Louis Althusser

Otro frente de debate de Hobsbawm fue contra el filósofo Louis Althusser, exponente del estructuralismo y miembro del Partido Comunista francés (PCF). Esta crítica de Hobsbawm en el seno de la historiografía británica, comenzó en 1966 y fundamentalmente sobre la obra colectiva Lire le Capital (Para leer el Capital), dirigida por la “celebridad intelectual parisina”. Hobsbawm reacciona frente a la arrogancia de Althusser y su pretensión de completar la “revolución teórica inacabada de Marx”. Althusser se atribuye la tarea de completar la elaboración de una filosofía marxista, que estaría aún por hacerse. Si bien Hobsbawm reconoce que el marxismo continental europeo es mucho más teórico que el de su propio país, acusa a Althusser de ignorar completamente la importancia de los Grundrisse (borradores de El Capital, casi tan extensos como aquella obra). Además, argumenta que el pensador francés segmenta la Introducción a la crítica de la economía política, texto básico del marxismo althusseriano. En la óptica del británico, Althuser reduce por simplificación algunos de los problemas planteados por Marx, por ejemplo, el del cambio histórico. Esta polémica con Althusser continuó por obra de otro historiador británico, Edward P. Thompson, quien en Miseria de la teoría, califica al marxismo althuseriano de “teoricismo ahistórico” e idealismo. Para los historiadores británicos el pecado capital de Althusser consistiría en considerar la historia como un proceso sin sujetos, en el que los hombres son meros portadores o “soportes de las relaciones de producción”. Es decir, una visión producto de su estructuralismo congelado que reduce el papel de la actividad y la práctica humanas a su ínfima expresión. Como rechazo del determinismo, Thompson afirma la tesis marxista de que “los hombres y las mujeres son los agentes, siempre frustrados y siempre resurgentes, de una historia no dominada”. Resulta curioso que, a

pesar de estar enfrentados en otros terrenos, tanto Hobsbawm como Thompson hayan enfocado sus respectivos cañones contra el fantasma de Althusser.

Polémica con Edward Thompson

Es en el terreno de la historia social inglesa que Eric Hobsbawm sienta una posición crítica sobre La formación de la clase obrera, obra clásica de la historiografía británica del historiador Edward Thompson (quien fue expulsado del Partido Comunista británico en 1956 y uno de los fundadores de la New Left).

La crítica gira en torno a la periodización e interpretación, ya que la voluminosa obra de Thompson postula la aparición de la clase trabajadora en la sociedad británica a principios del siglo xix, en la era del cartismo. Hobsbawm impugna la tesis thompsoniana, al sugerir que estas clases trabajadoras no eran la clase obrera industrial británica tal como evolucionaría después.

Hobsbawm prefiere postular una discontinuidad entre el pasado artesano de la era preindustrial, y el proletariado fabril, los movimientos obreros y las ideologías socialistas de fines del siglo xix. De modo que postula una distancia de generaciones entre el socialismo utópico de Robert Owen (el cooperativismo) y el renacimiento socialista de la década de 1880 en Gran Bretaña.

Para la primera mitad de la centuria, Hobsbawm utiliza el concepto de “clases trabajadoras”, y reserva la conformación de una verdadera “clase obrera” para fines del período. De hecho, la base económica de la Era Victoriana significó un gran crecimiento de la clase obrera y de su concentración industrial. El movimiento

sindical duplicó su número de afiliados entre 1890 y 1914, y se conformaron los sindicatos más importantes: los del Carbón, el Transporte y los Ferrocarriles (ya no el de los Sastres ni los Hilanderos del algodón). En este proceso se forjó también su conciencia de clase.

En contraposición con Thompson, Hobsbawm postula la tesis de que el owenismo, el cartismo, el cooperativismo y las clases trabajadoras del período inicial, son los antepasados de la clase obrera británica. Entre la primera generación de trabajadores producto de la pauperización y la destrucción de las viejas formas de vida (inmigrantes irlandeses y artesanos desplazados por el progreso técnico), y la clase obrera industrial existieron notables diferencias. Por eso, concluye que la clase obrera no se conforma como tal hasta mucho después de la etapa cronológica en la que termina el valioso estudio de Thompson, a quien no quita ningún mérito ni reputación.

Los ecos de La Marsellesa y la posmodernidad

El bicentenario de la Revolución francesa

En 1989, Eric Hobsbawm interviene en los debates en torno a la tradición revolucionaria de Francia, polemizando con los historiadores revisionistas. En respuesta a los detractores de aquella gran revolución de 1789, publica un breve ensayo: Los ecos de La Marsellesa. Allí analiza las distintas interpretaciones de la experiencia revolucionaria en el siglo xix y su recepción en el siglo xx.

Hobsbawm sostiene que las nuevas lecturas sobre la Revolución francesa, especialmente en su país de origen, son extraordinariamente sesgadas. Y destaca como la combinación de ideología, moda intelectual y el poder de los medios de comunicación permitieron que el bicentenario de la Revolución francesa estuviera ampliamente dominado por quienes desprecian a la Revolución y su herencia. De modo que, una nueva escuela de historiadores revisionistas ha embestido contra la principal tradición de la historiografía francesa. Hobsbawm interviene en la polémica y llama la atención sobre el primer centenario (en 1889), momento en el que también se publicaron más ensayos en contra que a favor de la Revolución. En ambos casos, señala Hobsbawm, se trata de razones políticas más que académicas o profesionales.

A contrapelo del revisionismo, Hobsbawm postula a la Revolución francesa como acontecimiento fundante, o más bien como un

conjunto de acontecimientos extraordinarios, que no pueden dejar de ser reconocidos como los cimientos del “largo siglo xix”. Sus contemporáneos, no solo la estudiaron, se compararon a sí mismos con ella e intentaron evitarla o ir más allá del proceso revolucionario francés.

La derecha y el revisionismo

En Los ecos de La Marsellesa, Hobsbawm responde a la postura historiográfica francesa, fundamentalmente al historiador FranVois Furet (miembro de la tercera generación de Annales) que toma distancia del pasado jacobino y su legado, al negarle a la Revolución su carácter burgués y relativizar su importancia.

El revisionismo sostiene fundamentalmente que la Revolución no produjo grandes cambios en la historia de Francia y tampoco fue el acontecimiento fundacional de la sociedad burguesa. Habría sido “innecesaria” para desbloquear el obstáculo que el Antiguo Régimen representaba para el desarrollo del capitalismo.

De este modo, la tesis de Furet postula las continuidades, y critica la interpretación marxista clásica, que desde la cátedra de Historia de la Revolución, fundada en 1891, se enseña en la Sorbona.

Furet cuestiona el “determinismo” de las clases y postula que hubo varias revoluciones paralelas y simultáneas (revolución burguesa, sublevación campesina y revolución aristocrática) pero que responderían a determinaciones distintas y autónomas.

Según Hobsbawm, los argumentos de Furet no son muy originales.

Más bien pueden remontarse a los estudios que en 1955 comenzó el historiador inglés Alfred Cobban (1901-1968) quien impugnó el concepto de “revolución” entendida como “revolución burguesa”. En esa oportunidad, la tesis de Cobban mereció la respuesta de G. Lefebvre.

Hobsbawm además se encarga de señalar la falta de honestidad intelectual de Cobban, quien durante la Guerra fría no dudó en denunciar a su propio alumno George Rudé, quien tuvo que continuar su carrera académica en Australia y Canadá.

En su obra Pensar la Revolución francesa, el historiador FranVois Furet no haría entonces más que retomar la vieja tesis y los argumentos de Cobban.

Por otra parte, Hobsbawm sitúa políticamente el debate; desnuda esta nueva versión revisionista que en realidad, dirige sus argumentos a través del rodeo de 1789, contra la Revolución Socialista de 1917. Al postular que los jacobinos franceses fueron los ancestros del partido revolucionario leninista de vanguardia, los revisionistas impugnan a M. Robespierre a la luz de Stalin o Mao Tsé-Tung (1893-1976).

La historiografía académica en Francia

La gran revolución de 1789 ha tenido su versión canónica que domina la historiografía francesa hasta 1950. Esta visión historiográfica es republicana, demócrata y apasionada por la herencia jacobina y está representada fundamentalmente por las obras de:

• Albert Mathiez (1874-1932);

• Ernest Labrousse (1895-1988), historiador marxista que estudió la crisis económica del Antiguo Régimen;

• George Lefebvre (1874-1959), quien ocupa la cátedra de Historia de la revolución en 1937.

Según Hobsbawm es la legitimidad académica de esta historia lo que está en juego en los debates de 1989. Es decir, se cuestiona una tradición historiográfica con sesgo social y económico y, además, una concepción de la "historia desde abajo". Este término fue acuñado originariamente por Lefebvre, cuyos títulos clásicos fueron: El gran pánico de 1789 y también Ochenta y nueve (publicado en 1939). Su discípulo Albert Soboul (1914-1982) también practicó esta historia de la gente corriente en la revolución con sus estudios a los sans-culottes parisienses. Soboul ocupó la cátedra en la Sorbona hasta 1982, dictada luego por el historiador comunista Michel Vovelle (1933).

Hobsbawm sostiene que el ataque revisionista a la Revolución es una reacción historiográfica contra la tradición canónica y fundamentalmente, un ajuste de cuentas con el marxismo que, hasta 1968, ejerció su hegemonía intelectual en Francia. En este sentido, el ajuste de cuentas es político, ya que la Revolución de 1789 y especialmente el jacobinismo, fueron las tradiciones sobre la que se formó y legitimó toda la izquierda francesa.

Así, Hobsbawm destaca la rica producción historiográfica en Francia durante el gobierno del Frente Popular de 1936 (por

ejemplo, el historiador Ernest Labrousse fue jefe de gabinete de León Blum). En ese momento se fusionaron las tradiciones republicana, jacobina y comunistas, puesto que el Frente y luego la Resistencia convirtieron al Partido Comunista en la principal organización de la izquierda francesa.

En cambio en la década de 1980, señala Hobsbawm, la izquierda marxista tocaba retirada ideológica y política, y la Revolución francesa sería una de las víctimas de este proceso.

De modo que se trata de algo más que meras cuestiones académicas. En el capítulo Sobrevivir al revisionismo, Hobsbawm atribuye razones estrictamente políticas a las modas intelectuales contemporáneas que conciben:

• la historia como retórica;

• la revolución como simbolismo;

• la noción posmoderna de la deconstrucción, que postula a toda verdad como provisional, situada y relativa.

Historia y posmodernidad

Como sucede en la actual moda posmoderna en la antropología y la historia social, la retirada es tanto epistemológica (pone en duda la posibilidad de un conocimiento objetivo y una interpretación unificada) como política.

La abdicación de la autoridad del historiador para interpretar se justifica con el doble propósito de evitar las categorías occidentales (en la explicación) y recuperar “la realidad vivida” de la gente en su pasado a través de la narración (eludiendo la verificación de los hechos). Como señala Hobsbawm, esta última pretensión carece de sentido a menos que haya un acuerdo previo sobre qué fragmentos de una infinita “realidad vivida” estamos hablando.

Lo que investigan los historiadores es real, afirma Hobsbawm. Así polemiza contra las corrientes posmodernas que niegan toda posibilidad de verificación y acentúan la idea relativista de construcción del pasado. La historia es siempre “el pasado social formalizado”, sostiene Hobsbawm, implica y presupone una selección. Pero el historiador puede contribuir a la comprensión de la sociedad contemporánea y aportar una perspectiva totalizadora. No puede –¡ni debe!– renunciar a la explicación y la generalización.

Historia de las clases subalternas

Historia social

Eric Hobsbawm y la historiografía anglosajona han dado especial atención al estudio de las clases subalternas y sus expresiones de protesta. En este plano, la influencia de los aportes teóricos de Antonio Gramsci ha sido fundamental para abordar la historia social. Con ella se inicia una tradición de estudios vinculados a la cultura y la noción gramsciana de hegemonía (que permite comprender la complejidad de la dominación burguesa sobre las clases subalternas).

Las investigaciones han encarado dos aspectos:

• los movimientos revolucionarios y obreros europeos;

• los movimientos de liberación nacional en los países subdesarrollados y periféricos.

Como señala Hobsbawm, el problema histórico de las clases subalternas surge por la existencia de clases y la opresión de clases.

• Antes del nacimiento del proletariado y del movimiento socialista,

una característica de las clases subalternas (como las revueltas campesinas) era su incapacidad para construir una alternativa social eficaz. La historia de los grupos subalternos era necesariamente disgregada y episódica.

• Previamente a la época capitalista sus movimientos estuvieron destinados al fracaso. No tendían a derribar totalmente la sociedad existente y a sustituirla por otra completamente nueva.

• Los movimientos milenaristas o mesiánicos son ejemplos de estos movimientos de las clases subalternas precapitalistas. Tienen capacidad de resistencia, y desarrollan en ocasiones un activismo, pero su debilidad reside en que más tarde o más temprano entran en una pasividad y aceptación tácita de las condiciones sociales existentes. Citando a Gramsci: "son un perpetuo fermento, como una masa incapaz de llegar a una expresión centralizada de las propias necesidades y de las propias aspiraciones"[10].

El bandolerismo social

Junto con los movimientos de carácter milenario y las turbas urbanas de la era preindustrial, Hobsbawm recupera para la historia todas estas formas "primitivas" o arcaicas de agitación social de la Europa moderna. Habitualmente, han sido vistas como formas precursoras o como reliquias del pasado. Hobsbawm las califica de movimientos prepolíticos, que están familiarizados con el Estado y en los que predominan los vínculos de solidaridad en base al parentesco.

Define al bandolerismo como "un fenómeno de protesta endémica del campesino contra la opresión y la pobreza"[11]. En este sentido, el

bandolerismo social carece de organización y de ideología, más bien expresa un grito desesperado de venganza contra las arbitrariedades del rico y de los opresores en una sociedad campesina. En su obra Rebeldes primitivos, aparece este enfoque explicativo en estudios sobre los anarquistas andaluces, los bandoleros sicilianos, las sectas obreras británicas, la Mafia y los movimientos agrarios en Perú y Colombia. Allí destaca que estas formas de rebelión primitivas son propias de las sociedades "tradicionales", pero tienen una larga tradición y pueden aparecer en movimientos que enfrentan situaciones nuevas como son los procesos de modernización.

6 E. Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo xx.

7 Fue editor y autor durante 20 años en la revista británica.

8 E. Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo xx.

9 E. Hobsbawm. Años interesantes. Una vida en el siglo xx.

10 Citado por Hobsbawm en Marxismo e historia social.

11 E. Hobsbawm. Marxismo e historia social.

Tercera parte

Las “eras” de Hobsbawm

Pensar la contemporaneidad

Hobsbawm ha incursionado fundamentalmente en los dos últimos siglos de la historia contemporánea para la que propone una original periodización. Como historiador del “largo siglo xix” (1789-1914), que comenzaría con la Revolución francesa y se extendería hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, nos introduce en esa Europa sometida el nuevo ritmo de las transformaciones que el capitalismo imprime a todo el planeta.

Su historia del siglo xix fue proyectada como parte de una Historia de la civilización que su editor le encargara en 1958. Desde su plan inicial la obra estuvo dirigida a un público de lectores no especializados. Por eso su prosa es ágil, amena y fácilmente comprensible. Finalmente aparece publicada en tres volúmenes:

- **La era de la revolución (1789-1848)**

- **La era del capital (1848-1875)**

- **La era del imperio (1875-1914)**

La trilogía clásica de Hobsbawm expresa una perspectiva original y se propone “comprender y explicar” el período como un todo.

El autor proporciona un amplio panorama del siglo xix, cuyo gran acontecimiento es la creación de una economía global que penetra en forma progresiva en los rincones más remotos del mundo. Su relato no es una mera narración o una exposición sistemática. Más bien puede ser leído como el desarrollo de un argumento original.

Crítico, desmitificador de esa civilización burguesa confiada en el progreso (siempre continuo y presumiblemente ilimitado...), demoledor de la llamada belle époque y de la utopía liberal, Hobsbawm destaca las dificultades derivadas de las contradicciones de ese progreso que estallarían en 1914. Historiador atento a las rupturas y discontinuidades, señala que la era dorada “llevaba en su seno inevitablemente el embrión de la era de guerra, revolución y crisis que le puso fin”[12].

Con tres conceptos claves Hobsbawm construye su periodización del siglo xix:

• revolución;

• capital;

• imperio.

La era de la revolución

En un primer volumen, publicado en 1962, analiza las revoluciones burguesas en Europa, enfocada como una era de “doble revolución”.

Si el siglo xix constituye para Hobsbawm un campo de estudio histórico privilegiado, lo es sin duda por las repercusiones de esta “doble revolución”: la Revolución francesa y la Revolución Industrial británica.Ambas inauguran la época de nacimiento y expansión de la sociedad burguesa.

Este doble hito tuvo las siguientes características:

• la transformación industrial en Inglaterra impulsó la capacidad ilimitada de la producción capitalista;

• la Revolución francesa estableció el modelo de las instituciones políticas liberales que se extendieron en el contexto europeo y también en América;

• la Revolución francesa dominó la historia, el lenguaje y el simbolismo de la política occidental desde su comienzo hasta la Primera Guerra. Se vio a sí misma como un fenómeno global y como modelo, tuvo conciencia de su dimensión ecuménica. El proceso revolucionario (en sus distintas fases) proporcionó el vocabulario y los programas de los partidos liberales, radicales y democráticos de la mayor parte del mundo.

En este primer volumen (La era de la Revolución) Hobsbawm desarrolla las repercusiones de esta doble revolución, hasta los

movimientos revolucionarios de 1848 en Europa.

A partir de las insurrecciones del 48, señala Hobsbawm, el orden burgués victorioso se vio amenazado y, aunque fueron fallidas, instalaron en todos los estados europeos el miedo a la revolución social. Demostraron que detrás de la burguesía estaban las masas siempre dispuestas a convertir en sociales las revoluciones liberales moderadas.

Hobsbawm destaca esta inflexión de 1848, que marcaría claramente en Europa el retroceso de la revolución política –inaugurada en 1789– y el avance exclusivo de la revolución en la industrial.

De modo que el capitalismo de 1848, lejos de estar en los últimos suspiros, apenas estaba por ingresar en una etapa de gran expansión.

La era del capital

En este segundo volumen Hobsbawm caracteriza el período de ascenso del capitalismo de libre competencia. Es la época del predominio de una burguesía que, como clase, forja un mundo a “su imagen y semejanza”. Interpreta de este modo el mundo de la burguesía triunfante, “la era liberal”, que se inicia con una revolución fracasada (1848) y termina en una prolongada depresión (1873-1896).

Situado en el terreno de la historia social, Hobsbawm analiza cómo esta etapa “dorada” de progreso, significó una catástrofe social para millones de pobres transportados al nuevo mundo y para todos los

pueblos de otros continentes que sufrieron la conquista y dominación Occidental. De modo que nos introduce en una perspectiva atenta a las nuevas fuerzas sociales surgidas en Europa, para destacar el reverso de la historia, es decir, la visión de los perdedores (como titula a uno de los capítulos): la de los pueblos que fueron víctimas de la expansión europea.

La era del capital, fue una era de disputas, de luchas y de profundos conflictos sociales. Hobsbawm destaca los movimientos surgidos para derrocar a la sociedad burguesa: la creación de la Primera Internacional de Trabajadores (AIT), la aparición de los teóricos críticos del capitalismo (Karl Marx publica en este período su obra más importante El Capital), y nos propone un balance de las revoluciones sociales del siglo xix: los fallidos intentos del 48 y la Comuna de París.

La era del imperio

En el tercer volumen del "largo siglo xix", estudia la formación y apogeo de los imperios coloniales (la era del imperialismo que se extiende hasta la Primera Guerra Mundial). La Gran Depresión de 1873 inició esta etapa imperial y dos grandes zonas del mundo fueron totalmente repartidas: África y el Pacífico. Europa impuso el control financiero de los países débiles que, presionados para cumplir sus deudas, se convirtieron en protectorados.

Además, con la aparición imperialista de Alemania y de los EE.UU, se termina el monopolio británico del mundo desarrollado. La depresión de 1873 hizo de ellos economías rivales y en fuerte competencia. Nace la "era posliberal", como la denomina Hobsbawm.

También aparecieron los movimientos socialistas y revolucionarios de los trabajadores que exigieron el derrocamiento del capitalismo.

El ascenso del capitalismo industrial

Cataclismos y rupturas

Eric Hobsbawm introduce el siglo xix, como el siglo que transformó el mundo y creó la historia universal. Un período que interesa especialmente al historiador cuyo objeto de estudio es el cambio social ya que, durante este siglo, todas las grandes potencias de Europa registraron una o más discontinuidades repentinas, cataclismos y rupturas históricas. La gente común, señala Hobsbawm, se vio a sí misma como viviendo una era de revolución y todos los observadores contemporáneos fueron conscientes de la velocidad de estas transformaciones. También es el momento en que se incorporan al vocabulario económico y político nuevos términos, como:

• capitalismo;

• socialismo;

• revolución industrial;

• proletariado;

• industriales (concepto acuñado por Saint Simon);

• imperialismo.

Sociología y materialismo histórico

También en el siglo xix nace la sociología como el último producto de las ciencias sociales, preocupada profundamente por "la cuestión social". Los llamados "padres fundadores" (Saint Simon y Augusto Comte) orientaron las reflexiones de esta disciplina a legitimar el orden de las nuevas sociedades industriales.

En forma paralela nace la concepción materialista de la historia (Karl Marx y Friedrich Engels) que, como contracara crítica de la emergente sociología, propone una reflexión sobre la misma "cuestión social", pero en este caso desenmascarando el orden burgués y legitimando la rebelión contra ese orden.

Es importante destacar que en los tres volúmenes de su "largo siglo xix", Hobsbawm logra desnudar y hacer el contrapunto entre el avance económico arrollador del capitalismo que describen las obras de historia económica (no es más que la imagen optimista y confiada de la burguesía), y la realidad de la lucha de clases, que introduce como concepto clave de su interpretación histórica. De ahí su interés en enfatizar las revoluciones fallidas de 1848, las organizaciones de los trabajadores, el surgimiento del movimiento socialista, la lucha por el sufragio universal y las democracias electorales, y las luchas de los pueblos coloniales.

Industrialización y miseria popular

Como historiador del siglo xix, Hobsbawm está interesado en las transformaciones sociales que impuso el avance del capitalismo a escala mundial.

Si bien entre 1780 y 1815 Gran Bretaña mantuvo el monopolio de la industrialización y de las relaciones con el mundo no europeo, este pionero modelo industrial británico dependió del mercado exterior: fundamentalemente de las importaciones de materias primas como el algodón de las colonias (India, Natal, Egipto).

De modo que la Revolución Industrial desarrolló en torno a Inglaterra un sistema de zonas coloniales y semicoloniales (un imperio formal e informal) pero fundamentalmente transformó la vida de los hombres y pueblos de un modo irreconocible.

En Industria e imperio (1987) –importante obra de referencia– Hobsbawm destaca los aspectos sociales de esta historia económica británica. Su preocupación se centra en los resultados humanos de la Revolución Industrial, es decir, las tensiones cualitativas que oprimieron a los trabajadores de las primeras generaciones industriales. La pauperización social y la destrucción de las viejas formas de vida afectó a millones de personas (en las que incluye la miseria de los campesinos irlandeses, los jornaleros agrícolas y los artesanos desplazados por el progreso técnico) que no contaban con ningún sustituto alentador.

El “progreso” y sus víctimas

Así desde el terreno de la historia social, Hobsbawm postula el carácter "catastrófico" de la Revolución Industrial, considerada desde la perspectiva de las víctimas del proceso. Sostiene que la intranquilidad económica se combinó en las zonas urbanas y fabriles con la ideología política, lo que originó:

• el surgimiento del cooperativismo;

• la aparición del movimiento ludista (que promovía la destrucción de máquinas);

• la organización del cartismo (germen del primer partido proletario inglés);

• la consolidación de los sindicatos, aceptados y reconocidos oficialmente en Gran Bretaña hacia 1870.

Después de la Gran Depresión de 1873 se organizaron los partidos socialistas obreros en Europa Occidental y en 1900 nació el Partido Laborista inglés.

Los destructores de máquinas

En un artículo clásico publicado en la revista Past and Present (1952), Hobsbawm polemiza con la tesis tradicional sobre el ludismo, el movimiento de los obreros calificados británicos que procedió a la destrucción de los telares mecánicos y las máquinas "ladronas de trabajo". A principios del siglo xix esta fue una

expresión de protesta en los talleres donde la mecanización representó una verdadera amenaza para el oficio del tejedor manual.

Sin embargo, muchos autores concibieron al ludismo como una jacquerie industrial “inútil y alocada”, destacando que el movimiento obrero incipiente “no era consciente” de lo que estaba haciendo, sino que se limitaba a reaccionar ciegamente y a tientas ante la presión de la miseria.

Hobsbawm considera errónea esta interpretación, porque supone una determinada concepción acerca de la introducción de la maquinaria y del movimiento obrero. El presupuesto de esa lectura tradicional consiste en creer que los trabajadores deben aprender a aceptar las “verdades económicas” (el progreso técnico como tal) y que el método de destruir las máquinas no era eficaz.

• Hobsbawm sostiene la tesis de que el ludismo como forma inicial de lucha obrera no siempre condujo al fracaso. Piensa que no se debe subestimar su poder, que residía justamente en la destrucción de máquinas, en el amotinamiento y en la destrucción de la propiedad en general (contra la materia prima, el producto terminado o contra la propiedad privada de los patrones).

• Los ataques contra la maquinaria constituían un medio normal de presión sobre los patrones, para obtener concesiones respecto a salarios o para mantener las condiciones laborales.

• Este tipo de destrucción (“negociación colectiva a través del motín”) fue un aspecto del conflicto industrial en el período del sistema doméstico y manufacturero, y en las primeras etapas de la fábrica o en las minas de carbón.

• La destrucción de la propiedad (estropeando la lana, cortando los paños de los telares o la destrucción de los bastidores) o la amenaza de destrucción resultaban muy efectivas para la primera generación de trabajadores.

Según las tesis de Hobsbawm, el ludismo y el sabotaje fueron adecuados para esta etapa de la guerra industrial, antes de la existencia de un sindicalismo nacional y de las huelgas ordenadas.

Abajo el rey, todos somos iguales

Vimos como en La era de la Revolución, Hobsbawm aborda el estudio del proceso revolucionario francés y en Los ecos de La Marsellesa nos introduce en el debate historiográfico con el revisionismo. Hobsbawm seguirá sosteniendo que el impacto de la Revolución francesa dominó la historia, el lenguaje y el simbolismo de la política occidental desde su comienzo y durante todo el largo siglo xix. Entre sus legados incluye desde los códigos legales hasta la bandera tricolor que proporcionó el modelo para la mayoría de las banderas de los estados. El régimen jacobino (1793-1794), aprobó una nueva Constitución republicana radicalizada que ofreció al pueblo el sufragio universal, abolió los derechos feudales aún existentes y la esclavitud en las colonias francesas (esta medida generó en América la heroica lucha de los esclavos por su emancipación en Haití, colonia que no pudo ser reconquistada por Napoleón). Y, como señala Hobsbawm, a partir de la Revolución francesa (y el proceso que ella desencadena) todos los gobiernos europeos tuvieron que afrontar las consecuencias imprevistas y perturbadoras de la democratización, la irrupción de las masas en la política y, más aún, la evolución de la sociedad burguesa que parecía desembocar en otro tipo de sociedad.

De modo que la revolución de 1789-1794 representó un paradigma y un punto de referencia para quienes luchaban por la transformación fundamental de las relaciones sociales (revolución social). Inspirados por este modelo francés, los nuevos movimientos de la clase obrera de los países industriales asumieron la ideología y el lenguaje de la revolución en 1830, 1848 y 1871.

La Marsellesa, por ejemplo, fue el himno de los socialdemócratas alemanes antes de adoptar la Internacional. Los socialdemócratas austriacos utilizaban el gorro frigio y la consigna "Igualdad, Libertad y Fraternidad" en sus distintivos del Primero de Mayo. Los revolucionarios como el propio Karl Marx, señala Hobsbawm, vincularon a los jacobinos con la tradición proletaria en su análisis de la Comuna de París. Cuando la burguesía ya había ganado su libertad, la revolución ya no formaba parte de sus programas políticos. Pero la libertad del pueblo era solo nominal, de modo que este sí precisaba su propia revolución. Hobsbawm destaca que los observadores más lúcidos del siglo xix vieron la lucha de clases entre la nueva clase dirigente burguesa y el proletariado como la clave fundamental de la historia capitalista, del mismo modo que la burguesía había realizado su propia contienda contra el feudalismo.

Jacobinismo y vanguardia

El jacobinismo, señala Hobsbawm, parece ser la clave de las insurrecciones de 1848. Debe ser entendido como un fenómeno político que permitió empujar la revolución mediante una vanguardia política y que la marcha de la revolución fuera a los "saltos" en lugar de caminar, alcanzando en cinco años lo que hubiera requerido varias décadas debido a las timoratas y excesivamente conciliadoras concepciones de la burguesía. Hobsbawm analiza la tradición iniciada por Marx con su reflexión acerca de la posibilidad de transformar el carácter de la revolución más allá de la burguesía y que más tarde continúa con Lenin y los revolucionarios rusos. La fórmula política de la "revolución

permanente” –empleada por Marx en 1850– indicaba esta posibilidad de transformar la revolución burguesa en algo más radical que la excediera y la terminara superando.

Hobsbawm destaca además el aporte posterior de Antonio Gramsci sobre el jacobinismo y reproduce sus reflexiones (pasajes de sus Cuadernos de la cárcel) como apéndice de su obra Los ecos de La Marsellesa.

La interpretación gransciana del fenómeno jacobino lo vincula a su función de partido dirigente (de vanguardia): “se impusieron a la burguesía francesa conduciéndola a una posición mucho más avanzada”[13]. Gramsci define al jacobinismo como el grupo de hombres resueltos a forzar la situación mediante una política de acción enérgica, despertando a las fuerzas populares para unirlas al impulso de la burguesía que, al conducirlas, hacen de ella una clase dirigente hegemónica. Al mismo tiempo, Gramsci marca los límites clasistas del jacobinismo, que se mantiene siempre en el terreno de la burguesía.

La primavera de la lucha de clases

En La era del capital Eric Hobsbawm aborda las insurrecciones del año 48, que tuvieron amplitud continental y que estallaron tanto en las zonas desarrolladas como en las zonas atrasadas de Europa. “Esta primavera de los pueblos”, según Hobsbawm, es indicadora de la contienda de clases que motorizó la historia del largo siglo xix.

Temerosa y antidemocrática, la burguesía pensaba que el sufragio universal y el parlamentarismo eran el preludio seguro del socialismo.

Las revoluciones del año 48 fracasaron. Los revolucionarios fueron desperdigados en los exilios y las víctimas se contaron en miles (solo para Francia, Hobsbawm contabiliza 3 000 muertos y 12 000 deportados, casi todos a los campos de concentración de la colonia argelina). Se prohibieron legalmente los sindicatos y las huelgas en casi toda Europa.

El invierno de la dominación burguesa

El fracaso de estas revoluciones y la subsiguiente década de expansión económica no causó tanto la destrucción como la decapitación del movimiento obrero. Los teóricos socialistas se hallaban en la cárcel, como Auguste Blanqui, o exiliados como Karl Marx y Louis Blanc. Aunque derrotadas, estas revoluciones de 1848 se transformaron en el paradigma de la revolución mundial. Eric Hobsbawm destaca algunas de sus características:

• fueron revoluciones de los trabajadores pobres;

• la burguesía, implicada en la revolución, dejó de ser una fuerza revolucionaria para unirse a los conservadores y los “partidos del orden” que emergieron en el contexto de insurrección;

• en 1848 la clase obrera careció de organización, de madurez política e ideológica y de dirigentes. Por su juventud e inmadurez (apenas tenía conciencia de clase), era una clase en formación. Hasta los sindicatos estaban en subdesarrollo. El grupo activista políticamente más consciente estuvo representado por los artesanos preindustriales;

• señalaron el final de la monarquía absoluta en Europa Occidental: esta fue su mayor innovación (en Alemania e Italia).

El “drama del progreso”

El “progreso” de los vencedores

También en La era del capital, Hobsbawm interpreta el mundo de la burguesía triunfante, “la era liberal”, la edad de oro del crecimiento capitalista.

El progreso, palabra clave de la época (“segura de sí misma, autosatisfecha, inevitable”), es solo una metáfora. Significó, señala Hobsbawm, un cataclismo para millones de pobres. Aquella época constituye además el momento de las mayores migraciones humanas de la historia. Entre 1848 y 1875 nueve millones de individuos abandonaron Europa, la mayoría en dirección a los Estados Unidos, pero también a Australia y Argentina. El progreso supuso entonces, tanto vencedores como víctimas. Aquí el historiador marxista expresa su disgusto, “quizás un cierto desprecio”, porque considera que no se puede ser “objetivo” respecto al período, sino que se debe sentar una posición.

La extraordinaria expansión económica se prolongó entre 1848 y la crisis de 1873: “el mundo se hizo capitalista y una significativa minoría de países desarrollados se convirtieron en economías industriales”(La era del capital).

La fórmula de este crecimiento fue el liberalismo económico. Su “logro supremo” fueron las ferias internacionales que exponían el progreso técnico, el ferrocarril, también el barco a vapor y el

telégrafo. Esas ferias constituyeron un símbolo de la autocomplacencia de la burguesía en Europa.

Atento a las consecuencias políticas de este boom económico, Hobsbawm señala que hizo naufragar las esperanzas de los revolucionarios, decapitó al movimiento obrero y dio un respiro a las monarquías restauradas (como señalamos, después de 1848 se prohibieron legalmente los sindicatos y las huelgas en casi toda Europa, a excepción de Gran Bretaña). Aunque nace la Asociación Internacional de Trabajadores, la Primera Internacional fundada en Londres (1864-1872) y liderada por Marx y Engels, esta no logró generar partidos desde la clase obrera pero sí pudo impulsar el sindicalismo socialista y marxista.

Arriba los pobres del mundo

La Primera Internacional fue organizada por dirigentes sindicalistas británicos y viejos revolucionarios emigrados del continente (Marx, Engels, Bakunin) con el propósito de desarrollar el sindicalismo del movimiento obrero en Europa. Su lucha combinó la inquietud por la reforma electoral y las campañas concretas de solidaridad internacional:

• con Garibaldi y la izquierda italiana en 1864;

• con Abraham Lincoln en la Guerra Civil norteamericana;

• con el pueblo polaco por su independencia;

• con la lucha anticolonialista de Irlanda.

Hobsbawm señala que la Primera Internacional abandonó la estrategia la insurrección, es decir, sus ideólogos no esperaban la inmediata revolución del proletariado. Más bien, después de 1848 la revolución desapareció del horizonte político europeo. Durante el período de funcionamiento de la Internacional (se disuelve en 1872) el único intento revolucionario fue la Comuna de París en 1871 (que no fue creada por ella). Esta experiencia duró apenas dos meses y fue un gobierno insurrecto en una sola ciudad que terminó, mediante una represión sangrienta, con 43 000 detenidos, 10 000 condenados y 17 000 muertos. A pesar de todo, Marx y la Internacional saludaron con ardor y entusiasmo esta insurrección proletaria que, en palabras del autor de El Capital, fue "valiente y heroica hasta la locura" y se animó a "tomar el cielo por asalto".

Por entonces, la prensa europea agitó el miedo y la amenaza de revolución, y este fue uno de los motivos que llevaron a la alianza de los tres emperadores (Alemania, Austria y Rusia) en 1873. Luego, la Primera Internacional se traslada a Estados Unidos y finalmente se disuelve por disputas ideológicas (entre Marx, Engels y los anarquistas) y porque después de la Comuna, el movimiento obrero francés queda desarticulado y la mayoría de sus dirigentes fueron ejecutados o deportados.

Tradiciones inventadas

Las profundas y rápidas transformaciones del siglo xix tuvieron otro efecto que preocupa al historiador: rompen los mecanismos de cohesión y las identidades que estructuraban las relaciones sociales. Hobsbawm destaca este contraste entre el cambio constante y la innovación del mundo industrial y por otro lado, "la necesidad de estructurar algunas partes de la vida social"[14].

Rotos los lazos sociales de un orden tradicional, era necesario crear una legitimidad para los nuevos sistemas de dominación política o social. Durante el siglo xix, la burguesía triunfante en todos los estados europeos se encontraba ante la cuestión de gobernar por medio de una democracia política pero bajo la amenaza permanente de la revolución social (especialmente en el caso francés) y las demandas de un movimiento obrero organizado. Como señala Hobsbawm (en La invención de la tradición, 2002) desde la Revolución Industrial, las sociedades se han visto obligadas a inventar, sustituir o desarrollar nuevas redes de convenciones, valores y prácticas simbólicas. Es decir, crear lo que el historiador inglés denomina "tradiciones inventadas". La ideología liberal fracasó sistemáticamente al no suministrar los lazos sociales y de autoridad que se daban por supuestos en anteriores sociedades. De este modo se crearon vacíos que debieron llenarse con prácticas rituales inventadas que simbolizaran la pertenencia a comunidades reales o artificiales (como la nación, la ciudadanía) y con un discurso creado a medida (las "historias nacionales" que se institucionalizan en el siglo xix).

La burguesía liberal enfrentó el problema de cómo "transformar campesinos en franceses o ingleses", es decir, el de quebrar identidades de clase en función de una definición civil de las personas en tanto integrantes de un Estado-nación. Era necesario constituir una "religión cívica", inventar tradiciones nuevas con el fin de conseguir la estabilidad social y la neutralización de toda insurgencia.

La era del imperio

Depresión y monopolios

La crisis de 1873, según la analogía que nos propone Hobsbawm, fue el equivalente victoriano del colapso de Wall Street en 1929. Esta crisis marcó el fin de la "era liberal", del manchesterismo o libre comercio británico, para dar paso a la concentración económica de los cárteles, trusts y monopolios.

En el sector "desarrollado" del mundo, la crisis del 1873 significó un cambio de ritmo de la economía. La respuesta a esta crisis radicó en una combinación de concentración económica y la llamada "gestión científica del trabajo", racionalización o taylorismo, que intentaba ampliar los márgenes de beneficios reducidos por la competencia y la caída de los precios.

Todos juntos por el botín

Hubo una tendencia a abandonar la competencia ilimitada e implantar la cooperación de los capitalistas a través de las fusiones, acuerdos de precios y reparto de mercados. La formación de monopolios u oligopolios se desarrolló primero en las industrias pesadas, donde la concentración avanzó a expensas de la libre competencia. La "mano visible" de las corporaciones sustituyó a la "mano invisible" del mercado anónimo postulado por Adam Smith.

También la gestión científica del trabajo fue el fruto del período de la Gran Depresión. Su fundador, Frederick Wilson Taylor (1856-1915), comenzó a desarrollar sus ideas en la industria del acero norteamericana a partir de 1880.

Para el caso británico, la tesis de Hobsbawm (desarrollada en Industria e Imperio) sostiene que este país pionero sale de la Gran Depresión explotando su situación tradicional, es decir, su imperio colonial. Gran Bretaña tendió a apoyarse en los préstamos, en el comercio y las transacciones (finanzas) con las colonias, es decir, aprovechó sus ventajas históricas acumuladas con el mundo subdesarrollado. Como potencia comercial y fuente de préstamos, aumentó sus inversiones en el extranjero. Pero dejó de ser una economía industrial competitiva (abandonó el mercado europeo) y se convirtió en una "economía parasitaria" que vivía de los restos de su monopolio mundial.

Trabajadores del mundo

Hobsbawm estudia como efecto de la Gran Depresión de 1873, la aparición de los movimientos socialistas y revolucionarios de los trabajadores que exigieron el derrocamiento del capitalismo. La presencia del proletariado se hizo cada vez más evidente a escala europea, y sus filas se engrosaron a partir de dos grandes reservas de mano de obra preindustrial: el campesinado y el artesanado. Hobsbawm señala que, excepto en Gran Bretaña, el proletariado no constituyó la mayoría de la población. Si bien el campesinado estaba destinado a desaparecer en Europa Occidental (como afirmaban los marxistas), esto recién ocurriría en la segunda mitad del siglo xx.

En la mayor parte de Europa el movimiento sindical surgió durante el período de la Primera Internacional (1864-1872) y al mando principalmente de los socialistas.

El sector clave fue el transporte: el ferroviario y el marítimo. Las huelgas de estos trabajadores tendían a convertirse en huelgas generales que paralizaban la economía.

Partido proletario y democracia para todos

El proletariado adquirió una creciente consciencia y se organizó políticamente como clase. Es decir, surgieron los partidos de masas (socialdemócratas) basados en los trabajadores, inspirados en su mayor parte por la ideología socialista que organizaron huelgas generales por la ampliación del voto.

La ampliación del sufragio significaba el derecho de voto del ciudadano sin propiedades. Hobsbawm sostiene la tesis de que el nuevo movimiento obrero fue, con frecuencia, la fuerza más importante en el proceso de democratización de los estados europeos durante el siglo xix.

Aunque el progreso de la organización de clase fue desigual, el partido más desarrollado fue el poderoso partido socialdemócrata alemán, unificado en 1875. Obtuvo un apoyo masivo cuando el canciller Otto von Bismarck concedió en Alemania el sufragio universal y en 1877 el voto socialista alcanzó el medio millón. Con el fracaso de los movimientos del año 48 y desde 1890, la idea de un colapso inminente del capitalismo parecía absolutamente inverosímil, y la revolución social también. Floreció entonces el sindicalismo revolucionario y las demandas de mejoras y reformas

inmediatas.

Adiós al liberalismo

En este período, que Hobsbawm extiende hasta 1914, la economía capitalista cambia en cuatro aspectos:

• desarrolla una nueva era tecnológica y nuevas fuentes de energía;

• el modelo de crecimiento ya no se basará en el mercado exterior (modelo británico) sino en el mercado interno, según el modelo iniciado en los Estados Unidos con el sistema de la producción en serie;

• termina el monopolio británico por la competencia internacional entre las economías industriales británica, alemana y norteamericana;

• comienza la era imperialista, un nuevo patrón de desarrollo-dependencia que se extiende hasta 1930.

Imperialismo, fase superior del capitalismo

Hobsbawm presenta una historia del término “imperialismo” que se incorpora al vocabulario periodístico durante la década de 1890, en el curso de los debates que se desarrollaron sobre la conquista

colonial. El neologismo se generalizó aunque el fenómeno era de naturaleza totalmente nueva.

El texto contemporáneo básico sobre el imperialismo es el de J.A. Hobson (un autor liberal británico). El término no aparece en los escritos de Karl Marx, que falleció en 1883.

Pero debemos a Vladimir Lenin (1870-1924) la formulación de la tesis de que el imperialismo tiene raíces económicas y representa una nueva fase específica del capitalismo. Los análisis no marxistas establecieron conclusiones opuestas: negaban la conexión con el capitalismo, rechazando las explicaciones económicas y concentrándose en los aspectos ideológicos, políticos y culturales.

Hosbawm indica que este nuevo tipo de imperialismo debe distinguirse de los antiguos imperios obsoletos, preburgueses. Por eso marca el fin de la era imperial de esa centuria burguesa que desestabilizó su periferia minando las viejas estructuras económicas y destruyendo la viabilidad de los regímenes tradicionales, es decir, de los antiguos imperios o autocracias absolutistas:

• el de China Imperial;

• el de la Rusia zarista;

• el de los Habsburgo;

• el imperio turco.

El imperialismo informal –síntesis combinada de independencia jurídica “decorativa” y dependencia económica– que prevalece después de la Segunda Guerra Mundial, recibirá el nuevo nombre de “neocolonialismo”.

Zapata vive, la lucha sigue

Hobsbawm, atento a las convulsiones fuera del ámbito europeo, destaca en La era del imperio, el significado de la revolución social que estalló en México en 1910. Analiza este acontecimiento en el capítulo “Hacia la revolución”, y compara sus características con el estallido de la Revolución rusa.

El levantamiento social en México fue el primero en un país agrario del Tercer Mundo dependiente y surgió, sin duda, de las contradicciones del mundo imperialista. “Pobre México, tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos”, expresó el derrocado dictador Porfirio Díaz, cuyo régimen había facilitado las masivas inversiones extranjeras. Hobsbawm interpreta la revolución social en México –liderada por los campesinos Emiliano Zapata y Francisco Villa– como un proceso ligado estrechamente al imperialismo económico norteamericano. La expansión imperial no era inaceptable para las propias clases dirigentes nativas, en la medida que se trataba de una fuerza modernizadora. El tendido del ferrocarril y las plantaciones de exportación, símbolos de este progreso de la era imperial, implicaron el despojo de las tierras a las comunidades campesino-indígenas mexicanas. Las zonas campesinas afectadas se convertirán en el núcleo de una revolución agraria. Si bien el proceso revolucionario mexicano, que se extiende hasta la década de 1930, se vería eclipsado por los acontecimientos ocurridos en Rusia, como revolución social armada reviste una gran trascendencia:

• por la participación de la masa de trabajadores que desempeñó un papel protagónico;

• porque estalla en una época en que los pueblos de los imperios coloniales todavía no parecían amenazar a los gobiernos imperialistas.

De este modo, Hobsbawm nos invita a abandonar la mirada eurocentrista, enfocando los procesos desde otros ámbitos y pueblos que padecieron la era imperial.

Hobsbawm y el "corto siglo xx"

Su original Historia del siglo xx, publicada en 1994, convierte a Hobsbawm en un historiador imprescindible de nuestro tiempo.

En esta obra se destaca la agudeza de sus periodizaciones e interpretaciones, la facilidad para expresar analogías que facilitan la comprensión y una escritura sencilla y amena que seduce rápidamente a los lectores.

Hobsbawm conoce de primera mano el siglo a partir del período de entreguerras; además, sus compromisos políticos le permitieron recorrer el mundo como historiador radical implicado en su propio tiempo. Él mismo se define como observador partícipe de los acontecimientos que relata y en este relato incluye sus impresiones y anécdotas personales.

Hobsbawm nos introduce en su Historia del siglo xx con “La era de las catástrofes” y de convulsión social, que comienza en 1914 con la Primera Guerra Mundial y señala a esta como la partera de la revolución.

Desde su posición de historiador marxista (y de la “vieja izquierda”) Hobsbawm propone la Revolución de Octubre en Rusia como eje fundamental para explicar y comprender el curso político del siglo. Por un lado, enfatiza el significado histórico que le atribuyeron a la Revolución sus contemporáneos y por otro, la “certeza” política de que la Revolución socialista mundial iniciaba su marcha ascendente e irreversible, al menos en la vieja Europa.

Sobre este punto de partida, Hobsbawm no propone ninguna revisión ni mirada crítica, por el contrario, comparte esa certeza como protagonista e historiador. Si bien reconoce que la Unión Soviética estuvo lejos de representar un paraíso para los obreros, considera que entre los miembros de su generación la Revolución Bolchevique “gozó de la indulgencia general”.

De modo que, la Revolución de Octubre, señala el historiador inglés, es un acontecimiento crucial para la historia del “corto siglo xx” como lo fuera la Revolución francesa de 1789 para el devenir del siglo xix. Constituyó una causa global y sus repercusiones fueron mucho más profundas y generales que las de 1789. Pues a partir del impulso de 1917, surgió el movimiento revolucionario de mayor alcance que ha conocido la historia moderna. Su expansión mundial no tiene antecedentes. Este “gran movimiento ideológico y político –en palabras de Hobsbawm– generado por la Revolución de octubre de 1917, solo puede compararse con el Islam”.

En este sentido, Hobsbawm destaca El Manifiesto Comunista de Marx[15] como el escrito político más influyente desde la publicación de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789.

El siglo xx fue breve pero al mismo tiempo el "más extraordinario y terrible". Comenzó en Sarajevo con el estallido de la Primera Guerra y terminó exactamente como comenzó, también en Sarajevo, con la descomposición de Europa del Este.

Basta recordar que antes de que transcurriera su primera mitad, Europa había sufrido dos guerras mundiales (o la "Guerra de los Treinta años", si tomamos todo el período como una unidad de análisis). Por otra parte, fue el siglo de la hegemonía de los Estados Unidos de América (la "era americana"). Hegemonía que se desarrolló en una dimensión más amplia, en términos de civilización o dominación cultural que el poderío de Gran Bretaña durante el siglo xix.

Eric Hobsbawm propone una original periodización del "corto siglo xx" en tres etapas:

• La era de catástrofes (1914-1945)

• La edad de oro (1945-1973)

• El derrumbamiento (1973-1993)

Una era de catástrofes

Desde 1914 hasta la segunda posguerra: un período de cuarenta años en el que se derrumba el mundo del “largo siglo xix” y el capitalismo sobrevive a un contexto de vulnerabilidad e inestabilidad constantes.

El curso de Europa fue de tragedia en tragedia: las dos guerras mundiales, los estallidos revolucionarios, el cataclismo de la Gran Depresión y fundamentalmente la crisis de la civilización representada por la barbarie del nazismo.

Hobsbawm sostiene que la Gran Depresión de los años 30, que persistió durante toda la década, introdujo en las economías centrales la secuela del desempleo masivo (“la enfermedad más extendida, insidiosa y destructiva”); Estados Unidos, el epicentro de la Gran Depresión, fue la principal víctima de este flagelo. Además, destaca que el efecto traumático de esta crisis contribuyó a consolidar los fascismos europeos.

Por otra parte, caracterizaron a esta era de destrucción masiva los métodos salvajes, el desplazamiento forzoso de millones de personas, los refugiados, el genocidio y la más reciente modalidad de “limpieza étnica”; todos ellos pasaron a ser aspectos plenos y esperados del “mundo civilizado” europeo.

En Europa, sugiere Hobsbawm, hubo “treinta años de guerra”. Con una visión poco optimista, señala la desaparición de los valores que había propiciado el siglo xix. Antes bien: las evidencias indican que “el corto siglo xx” no representó una época de progreso.

La era “dorada”

El capitalismo se recompuso de la Gran Depresión y hubo una nueva etapa de prosperidad económica, esta “edad dorada”, como indica Hobsbawm, comienza en la segunda posguerra (en 1945), y se prolonga hasta 1973. Fundamentalmente fue una etapa de crecimiento de las economías centrales (Occidente vivió una generación de pleno empleo) y de creación de los “generosos” sistemas de bienestar y seguridad social en todos los estados europeos. Pero como contrapunto, Hobsbawm dedica un capítulo a las grandes transformaciones que ocurrieron en el Tercer Mundo.

Descomposición, incertidumbre y crisis

Esta tercera etapa, comienza con una ruptura histórica: el derrumbe, la desaparición de la URSS y el colapso del sistema socialista burocrático en el Este europeo. Sin embargo, sostiene Hobsbawm, este colapso no significó el “fin de la historia” (tal como lo anunciara el asesor del Departamento de Estado norteamericano Francis Fukuyama), sino apenas “el fin del corto siglo xx”. Eric Hobsbawm considera que los efectos de la caída del Estado socialista burocrático son muy graves y duraderos, condicionaron el mundo de hoy y representaron una auténtica ruptura histórica. Además, el mundo de finales del siglo xx ya no será eurocéntrico.

Un espectro recorre el mundo

Comprometido personalmente con el Movimiento Comunista

Internacional, Hobsbawm destaca la Revolución de Octubre como eje de la historia durante el "corto siglo xx" hasta 1989. Es la época histórica del desarrollo del socialismo como proyecto político.

El historiador nos advierte que durante más de setenta años todos los gobiernos occidentales y las clases gobernantes estuvieron perseguidos por el espectro de la revolución y del comunismo, que luego trasmutó en miedo al poder militar de la URSS. Desde la primera posguerra predominó la política del "cordón sanitario para salvar al mundo"... del bolchevismo, es decir, la idea de aislar al gobierno de Rusia fortaleciendo estados anticomunistas.

El cielo por asalto y sus repercusiones

En Historia del siglo xx, propone un balance político del impacto que la Revolución rusa desencadenó para la historia de Occidente.

• Sin el hundimiento de la sociedad burguesa durante "la era de las catástrofes" (1914-1945) no habría habido Revolución Bolchevique ni habría existido la URSS. Como señala Hobsbawm, la Rusia de los soviets permaneció inmune a la Gran Depresión de 1930 y se convirtió en el centro de una economía autónoma bajo la planificación estatal centralizada. Esta fórmula fue eficaz para los años 30, mientras el mundo capitalista vivía su era de crisis y el sistema económico improvisado al que se le dio el nombre de "socialismo" podía ser considerado una alternativa viable al capitalismo.

• La repercusión más importante de la Revolución Bolchevique fue haber acelerado poderosamente la modernización de países agrarios atrasados. Sus logros más importantes coincidieron con "la edad

dorada” del capitalismo en la segunda posguerra.

• Una de las ironías del siglo xx es que el resultado –no deseado– más perdurable de la Revolución de Octubre, cuyo objetivo originario era erradicar al capitalismo, fue el de haber contribuido a “apuntalar” a su enemigo. Esto es así dado que el modelo soviético de planificación económica –observa con lucidez Hobsbawm– se impuso en Occidente con el keynesianismo. El capitalismo logró sobrevivir de manera “heterodoxa” –violentando las normas clásicas del capitalismo liberal– a la depresión, al fascismo, a la guerra y a las tres oleadas revolucionarias que sacudieron al siglo.

La era de los fascismos

La respuesta capitalista

Probablemente, sostiene Hobsbawm, el fascismo no habría alcanzado un puesto relevante en la historia universal de no haberse producido la crisis de 1930. Fue indudablemente la Gran Depresión la que fortaleció la marea política del fascismo y contribuyó a que las experiencias totalitarias se consolidaran en Europa Central.

Hasta en el ámbito de las ciencias sociales, señala Hobsbawm, tuvo que pasar mucho tiempo para superar el tabú sobre el uso de los términos "depresión" y "crisis" que hacían referencia a "la era de las catástrofes". Los economistas prefirieron adoptar el término "recesión" para analizar el retroceso de la economía en los años 80.

De hecho, la economía mundial pareció derrumbarse en el período de entreguerras y nadie sabía como podía recuperarse. Hobsbawm analiza esta crisis en el capítulo "El abismo económico" de su Historia del siglo xx. Logra demostrar que el impacto traumático del desempleo en una escala sin precedentes no llevó al desarrollo de una nueva oleada revolucionaria (como anunciaba la Internacional Comunista) sino, por el contrario, al ascenso del fascismo.

Hobsbawm polemiza con la tesis de la ortodoxia marxista soviética que define al fascismo como la "expresión del capitalismo monopolista", como instrumento del gran capital. Bajo el nazismo el gran capital alemán utilizó la mano de obra esclava de los campos

de exterminio. Además, tuvo una importante ventaja en la destrucción de los movimientos obreros, situación que garantizó a los capitalistas alemanes una respuesta muy favorable a la Gran Depresión. Incluso en los países ocupados como Francia, los sectores empresarios colaboraron con los alemanes, motivo por el cual algunas poderosas industrias privadas francesas, como Renault, fueron nacionalizadas en la posguerra por haber sido colaboracionistas.

Sin embargo, como observa el historiador británico, los regímenes fascistas fueron una expresión de los intereses de la gran industria del mismo modo que lo fueron el gobierno norteamericano del New Deal, el gobierno laborista británico o la República de Weimar.

¿Revolución fascista?

Hobsbawm también polemiza con la tradición de la historia liberal que postula la tesis de una "revolución fascista". Para Hobsbawm el fascismo no fue un régimen radicalmente nuevo y diferente, más bien fue una manifestación del viejo régimen renovado y revitalizado. La referencia a un movimiento revolucionario era solamente retórica. Hitler retoma las doctrinas pangermanistas del antiguo Reich, exacerba el viejo antimarxismo, es decir, la eliminación de la lucha de clases que la mayoría de las fuerzas políticas consideraban deseable y propone una síntesis entre el nacionalismo y formas comunitaristas altamente jerárquicas y autoritarias. El fascismo comparte con la derecha tradicional, su anticomunismo, el nacionalismo, el antiliberalismo y el antisemitismo. Tampoco es posible identificarlo con una nueva forma de organización del Estado (corporativo). Las reivindicaciones del fascismo, como movimiento de la derecha radical, no tenían nada de original ni de revolucionarias.

Además, Hobsbawm interpreta al fascismo como un fenómeno general y no como un problema especial del capitalismo italiano, con su carácter atrasado.

También sostiene la tesis de que “la reacción fascista” del período de entreguerras fue una respuesta a la izquierda revolucionaria o a la amenaza de revolución social.

En este sentido, comparte la idea de que el fascismo movilizó fundamentalmente a las clases medias y medias bajas, ejerció un fuerte atractivo entre los jóvenes de estos sectores y especialmente entre los estudiantes universitarios, así como entre los ex oficiales del ejército desmovilizados de la Primera Guerra. Entre estos jóvenes se reclutaron los primeros grupos armados ultranacionalistas. Pero, al mismo tiempo destaca el fracaso del fascismo italiano por implantar una hegemonía cultural y una genuina base de masas. En consecuencia el fascismo no convirtió a los italianos, más bien mantuvo la pasividad de amplios sectores, que se volvieron contra el régimen de Mussolini cuando intentó arrastrarlos a la Segunda Guerra. Y sin duda, fue la oposición a la guerra, señala Hobsbawm, lo que le dio al movimiento antifascista italiano su base de masas (campesinos y clase obrera) y lo lanzó a una resistencia activa.

Una historia partisana

La Resistencia

Hobsbawm postula que el período de entreguerras no fue un enfrentamiento entre estados-nación sino una guerra civil ideológica internacional en Europa. En el interior de cada país, antes y durante la Segunda Guerra Mundial, se registró un enfrentamiento entre las fuerzas profascistas y los grupos de oposición antifascista, que actuaban en la clandestinidad o en el exilio.

En su Historia del siglo xx, particularmente en el capítulo “Contra el enemigo común”, el historiador británico destaca a los movimientos europeos de resistencia que en el período de entreguerras lucharon –fundamentalmente a través de la guerrilla o la guerra irregular– contra el ascenso del fascismo y luego frente a la ocupación nazi. Hace referencia, prioritariamente, a:

• los maquis franceses;

• los grupos partisanos en Italia, Yugoslavia, Grecia, etc.

Destaca en ellos el considerable predominio de los militantes comunistas que constituían su contingente más activo y decidido.

Viva la República

Pero fue en España donde se libró la primera batalla de esta Guerra Civil internacional. España puede considerarse como "la última y tal vez mayor empresa de un movimiento comunista genuinamente internacionalista"[16]. En efecto, durante la Guerra Civil española (Hobsbawm era estudiante en Cambridge y fue observador partícipe) la Internacional Comunista y sus Brigadas Internacionales jugaron un papel destacado en la defensa de la República. La organización había adoptado la línea política "de unidad antifascista" en Frentes Populares. Desde París, el futuro mariscal Tito organizó el reclutamiento de los brigadistas para enviar a España y el dirigente italiano Palmiro Togliatti cumplió el papel de enlace político con el Partido Comunista español. Los comunistas italianos, ilegalizados y perseguidos por el régimen fascista de Benito Mussolini, estaban en el exilio y constituyeron la más numerosa y activa de todas las organizaciones antifascistas en Francia. La Brigada Garibaldi, enviada a España, incluyó a los dirigentes comunistas Palmiro Togliatti, Luigi Longo y Vittorio Vidali.

Como bien señala Eric Hobsbawm, desde el punto de vista militar la Resistencia (excepto la soviética) no tuvo un papel decisivo en la caída del fascismo, pero sí tuvo ante todo una importancia política y moral. En Italia significó una amplia movilización. Entre 1943 y 1945 el movimiento partisano armado alcanzó a contar entre sus filas unos 100 000 combatientes. Es decir, el Movimiento de Resistencia fue un auténtico fenómeno de masas que reclutaba a sus integrantes entre la clase obrera y los campesinos. La Resistencia comprometió también a sus intelectuales y permitió a Italia liberarse de la pesada herencia del fascismo en la posguerra.

Apunten contra los nazis

En Yugoslavia, Albania y Grecia las fuerzas partisanas también estaban dominadas por los comunistas. En la posguerra, los yugoslavos que lucharon contra los nazis (fundamentalmente los serbios, porque los ustachas croatas instalaron un régimen colaboracionista con Alemania) asumieron el poder y formaron un gobierno comunista bajo el liderazgo del mariscal Tito (Josip Broz, 1892-1980).

En Francia los refugiados de la Guerra Civil española fueron el núcleo mayoritario de la resistencia armada a la ocupación, en el sur del país. Y el Partido Comunista francés fue durante la Resistencia "el partido de los fusilados", aspecto que destaca el papel de los comunistas en la liberación. Por eso Hobsbawm afirma que:

"Tanto la devoción de los intelectuales franceses hacia el marxismo como el dominio de la cultura italiana por personajes vinculados al Partido Comunista, que se prolongaron durante una generación, fueron un corolario de la Resistencia."[17]

Hobsbawm no oculta su fuerte admiración por el Partido Comunista italiano, que en 1946 contaba con casi dos millones de afiliados. Tampoco esconde su simpatía por los dirigentes y teóricos italianos, como Antonio Gramsci –prisionero del fascismo durante más de diez años– que sufrieron la cárcel, la muerte o el exilio.

Su propio editor italiano, Giulio Einaudi (que participó directamente en la Resistencia) afirmaba con orgullo que todos los miembros de su casa editorial habían luchado como partisanos. Él

publicó al escritor Primo Levi (nacido, al igual que Hobsbawm, en 1917) judío-italiano y sobreviviente de Auschwitz. Durante dos décadas Einaudi cumplió un importante papel cultural publicando las obras de los intelectuales antifascistas (Antonio Gramsci, Italo Calvino... etc.).

Tal vez, una de las paradojas del corto siglo xx, señala Hobsbawm con ironía, consistió en que en 1991 Einaudi vendiera su editorial al imperio mediático del zar de la televisión y líder de la nueva derecha europea, Silvio Berlusconi.

La Guerra Fría

Armamentismo y hegemonía estadounidense

Hobsbawm decide comenzar a explicar la “edad de oro” del capitalismo, con un capítulo entero referido a la Guerra Fría: los cuarenta y cinco años transcurridos entre la explosión de las bombas atómicas en Japón y el fin de la Unión Soviética. El enfrentamiento entre las dos superpotencias (que habían sido aliadas en la Segunda Guerra) dominó por completo el escenario internacional. Este largo período de tensión comenzó formalmente con la “doctrina Truman” de “contención del comunismo” en 1947 y adquirió su retórica “apocalíptica” más del lado de los “guerreros fríos norteamericanos”, para quienes el comunismo como “enemigo exterior” resultaba políticamente útil para mantener la supremacía y la hegemonía estadounidense.

Hobsbawm propone una periodización de la Guerra Fría en tres etapas: la primera, que se extendió en los años 40 y 50, fue la más dura por la carrera armamentista.

Sin embargo, Hobsbawm sostiene la tesis de que lejos de representar un peligro, el comunismo soviético de la segunda posguerra tuvo una postura defensiva.

• La URSS no era expansionista, más bien se propuso mantener el reparto de fuerzas establecido al finalizar la Segunda Guerra, es decir los acuerdos de Yalta entre ambas potencias. La Unión

Soviética no representaba una amenaza inmediata para Occidente por la simple razón de que se encontraba en ruinas, desangrada y exhausta.

• La Guerra Fría contribuyó a estabilizar las relaciones internacionales, congelando situaciones conflictivas, como la de Alemania, que permaneció dividida en dos estados durante 46 años. En la práctica, al estabilizar las posiciones en Europa, ambas potencias trasladaron su rivalidad al Tercer Mundo.

• Si bien el aspecto más visible de la Guerra Fría fue la carrera de armamento atómico, Hobsbawm rechaza la premisa "siempre inverosímil" y "totalmente infundada" de que el planeta era inestable y estaba al borde de estallar una guerra nuclear. Ambas superpotencias distorsionaron sus economías mediante la competencia en armamentos y los crecientes gastos militares.

• La Guerra Fría tuvo un escenario internacional y se manifestó en una serie de conflictos que tuvieron que dirimir las dos potencias rivales: el bloqueo soviético de Berlín, la Revolución china, la guerra de Corea, la guerra de Vietnam, la Revolución cubana, la crisis de los misiles, Afganistán. En Europa, la Guerra Fría estuvo simbolizada por "la cortina de hierro" y el muro de Berlín; en Asia, por el fracaso norteamericano en la guerra de Vietnam. La Guerra Fría desembarcó en América con la Revolución cubana, que significó una dura amenaza para la tradicional hegemonía norteamericana en el continente.

Maccarthismo y control de la disidencia

Durante la llamada "Guerra Fría", la amenaza de la expansión

soviética adquirió, por obra del maccarthismo de los Estados Unidos, un tono apocalíptico que caracterizó toda la política internacional. Sin embargo, la histeria de Washington, que identificó la "conspiración" con la política interna de Estado, no tuvo real importancia en ningún otro gobierno de Europa. Solo en los Estados Unidos descubrieron el potencial político de la denuncia del enemigo interior, a través de la caza de brujas y el maccarthismo, la persecución interna de comunistas –en realidad de cualquier tipo de disidentes– impulsada por el senador norteamericano Joseph McCarthy (1908-1957).

Guerra contra el Estado de bienestar

A mediados de los años 70 el mundo entró en la llamada "Segunda Guerra Fría", que llegó a su apogeo en los años 80 con la "Era Reagan". En términos reales, el poderío norteamericano continuaba siendo mayor que el soviético, pero se inició un renovado brote de fiebre militar y retórica apocalíptica. La OTAN empezó el rearme. En 1986, en la cumbre de Islandia, Reagan (1980-1988) rechazó un acuerdo con Mikhail Gorbachov que proponía un proceso de desarme con la "eliminación de las armas nucleares para el año 2000". Pero el presidente norteamericano no estaba dispuesto a renunciar al programa estadounidense de "Guerra de las Galaxias".

Con su habitual lucidez, Hobsbawm señala que la nueva guerra fría impulsada por Ronald Reagan representó una reacción Occidental ante el ocaso de la "edad de oro" de la economía capitalista (fin del crecimiento con la crisis del petróleo de 1973).

En consecuencia, ya no estuvo dirigida contra el "imperio del mal" exterior (es sabido que la Unión Soviética estaba dispuesta a desarmarse unilateralmente) sino más bien contra el recuerdo del gobierno de Franklin D. Rooselvelt en el interior de la economía

norteamericana: ¡su blanco privilegiado era el Estado de bienestar! De este modo nació el neoliberalismo.

Hobsbawm y las tres oleadas revolucionarias

La primera esperanza

La primera ola revolucionaria es la que inaugura en Europa la Revolución Bolchevique de 1917, que dio origen al Movimiento Comunista Internacional y abrigó la esperanza de una revolución anticapitalista europea. Como consecuencia, los Partidos Comunistas de Europa sustituyeron a la socialdemocracia como principales representantes de la tradición política marxista. Las expectativas de Lenin y la iii Internacional Comunista eran un estallido revolucionario en Alemania. Pero el "octubre germano" no tuvo lugar y el Partido Comunista alemán (KPD) fue finalmente diezmado por el asesinato de sus dirigentes Rosa Luxemburg (1871-1919) y Karl Liebknecht (1871-1919).

La descolonización

La segunda oleada de la revolución social estalló en la segunda posguerra. Fue en Asia donde se quebró el viejo sistema colonial: India, Siria, Líbano, China, Corea del sur, Indochina. En los años 50 ya nadie esperaba una revolución en Europa Occidental, más bien el futuro de la revolución se desplazó hacia las zonas campesinas del Tercer Mundo. Fundamentalmente estalló en aquellas zonas coloniales en que las potencias europeas se opusieron a una descolonización pacífica: Malasia, Kenia, Argelia y Vietnam que adoptaron la lucha guerrillera. También en América Latina, la

enorme influencia de la Revolución cubana (1959) dio lugar al surgimiento de varios movimientos insurgentes, como la experiencia del Che Guevara en Bolivia, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros (MLN-T) en Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) en Chile, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador, la Unión Nacional Revolucionaria Guatemalteca (UNRG), las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP, formadas antes del influjo cubano y todavía existentes). Hobsbawm incluye en el inventario de grupos revolucionarios a otros que, a diferencia de todos los anteriores, no respondían al marxismo clásico, como por ejemplo el peruano Sendero Luminoso, guerrilla de composición indígena que combinaba fragmentos del pensamiento maoísta con las prácticas militares de Pol Pot (Saloth Sar, 1925-1998) en Camboya.

La tercera ola de revoluciones

También esta nueva ola de revoluciones sacudió fundamentalmente al Tercer Mundo desde principios de los años 70 a medida que la "edad de oro" del capitalismo tocaba a su fin, coincidiendo con la crisis mundial (1974-1979):

• en África (con la descolonización de las colonias portuguesas de Mozambique, Angola, Guinea Bissau y Cabo verde; el Congo belga y el surgimiento del Congreso Nacional Africano en Sudáfrica);

• en Centro América y el Caribe (con la continuidad de la lucha del FSLN y su revolución triunfante en Nicaragua, junto con la pervivencia del FMLN en El Salvador). En ambos casos, se destaca la peculiar participación de sacerdotes católicos marxistas (enrolados en la Teología de la liberación).

Esta tercera ola estuvo signada por la derrota norteamericana en Vietnam en 1975. Según Hobsbawm, la marea de la revolución mundial desencadenó lo que se ha dado en llamar “la Segunda Guerra Fría”, que como ya vimos, lazó el presidente norteamericano Ronald Reagan, quien interpretaba las revoluciones populares como parte de una ofensiva global de “la superpotencia comunista”.

El Tercer Mundo

Más allá de Occidente

En la posguerra, las mayores amenazas al capitalismo británico provinieron de los movimientos de liberación colonial. Estos procesos en las colonias determinaron un internacionalismo muy diferente al que el joven Hobsbawm había vivido con entusiasmo de estudiante y con la pasión de historiador (la lucha antifascista, la guerra y la Resistencia en Europa).

Como señala Hobsbawm, la historia extra-occidental se emancipó con los procesos de descolonización (el fin de los imperios). Además, las migraciones masivas de emigrantes de color desde la zona del Caribe a Gran Bretaña, impusieron nuevos temas al historiador como por ejemplo el racismo colonial europeo. Los movimientos de derechos civiles en los Estados Unidos y la denuncia de las torturas del Ejército francés en Argelia generaron campañas de protestas en Occidente que no iban dirigidas a los países comunistas de Europa del Este. Por el contrario, daban cuenta de la problemática del Occidente colonizador y el surgimiento del Tercer Mundo descolonizado.

Así en los años 60 el Tercer Mundo devolvió al Primero la esperanza de revolución y despertó el interés por su historia. Especialmente la Revolución Cubana y la lucha del pueblo de Vietnam. Las nuevas campañas políticas eran entonces antinucleares, antiimperialistas y antirracistas. Y sin duda, abrían nuevas perspectivas para la interpretación histórica.

América Latina desde adentro

Entre 1962 y 1963, Hobsbawm recorrió Sudamérica como investigador de las rebeliones campesinas, es decir, incursionando en el campo de la historia social de ese continente. En la edición española de su obra Rebeldes Primitivos, incluyó dos estudios latinoamericanos: uno sobre el movimiento campesino en Perú y otro sobre Colombia. En los valles de la región peruana de Cuzco, Hobsbawm investigó el sistema de haciendas de cultivos para la exportación y todo el proceso de enfrentamiento campesino contra los abusos de los hacendados que eran "dueños de vida y hacienda". Entre 1961 y 1963, las agitaciones campesinas en Perú impulsaron la organización de sindicatos y federaciones. Como destaca Hobsbawm, el Partido Comunista peruano cumplió un importante papel que, a diferencia del norte mestizo donde tenía mayor fuerza el APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana, fundada por Haya de La Torre), pudo consolidarse en la región del Cuzco. En 1961 comienza el movimiento de ocupación de tierras en masa que desembocaría en la Reforma agraria.

En el caso de Colombia, Hobsbawm estudió lo que se conoce como el período de "La Violencia" (con mayúsculas, dada su gravedad). Un período que combina la guerra civil, las acciones guerrilleras y el bandidaje rural. El país "estaba experimentando la mayor movilización armada de campesinos (ya sea como guerrilleros, bandoleros o grupos de autodefensa creados por el Partido Comunista) en la historia reciente del hemisferio occidental".[18]

A partir de ese viaje, América Latina cambió su perspectiva de historiador y fue ampliamente reveladora como laboratorio del cambio histórico.

De la derrota del año 68 a la era Thatcher

El Mayo francés

Los acontecimientos raramente se perciben de cerca. Pero también es cierto que para un historiador profesional y comprometido en el Movimiento Comunista Internacional, la incomprensión del movimiento del Mayo de 1968, es fácilmente atribuible a razones políticas.

En su primer ensayo sobre lo sucedido en el año 68 publicado al año siguiente, en 1969, Hobsbawm tuvo una visión bastante sesgada. Contemporáneo de los hechos y presente en París, asume la defensa del Partido Comunista francés, que en ese momento controlaba una poderosa federación de sindicatos. Destacó el "papel crucial" de este partido como una alternativa "viable" de gobierno (a través de un Frente Popular), caracterizándolo como la única organización que "conservó su fuerza y su serenidad" a pesar de los ataques de los gaullistas y de los revolucionarios.

Sin embargo, Hobsbawm subestimó el impacto a largo plazo de la insurrección estudiantil del año 68 en el sistema político de Francia y en otros países afectados por el movimiento. Los sucesos de Mayo francés, expresaron el malestar y las contradicciones de la sociedad francesa en la época gaullista. Pero Hobsbawm no comprendió entonces al movimiento estudiantil. Obviamente la Bastilla simbólica del movimiento fue la Sorbona. Su incomprensión o desencuentro contrasta con la actitud de Jean-Paul Sartre (1905-1980), figura consagrada dentro de la intelectualidad

francesa, quien se reunió y entrevistó con el líder estudiantil Daniel Cohn-Bendit.

Hobsbawm calificó a la insurrección del año 68 de “antipolítica”. Desde su perspectiva, la revuelta estudiantil carecía de un programa político y solo planteaba algunos objetivos específicos y periféricos. Por otra parte, su enemigo era “el sistema”. Citando a Alain Touraine, otro testigo de los acontecimientos, el enemigo no era entonces la explotación, que implica explotadores, sino la “alineación”.

Sin embargo, la rebelión y la disidencia cultural, sostiene Hobsbawm, fueron más bien síntomas pero no constituyeron verdaderas fuerzas revolucionarias. Con escepticismo critica las consignas del año 68, “las maravillosas inscripciones murales” de los estudiantes –por ejemplo la famosa “prohibido prohibir”– pueden considerarse como “formas menores de literatura y teatro, marginales respecto a la corriente principal de los hechos. El movimiento estudiantil del 68 era algo perturbador, pero no una verdadera amenaza política”[19].

El fin del predominio de Keynes

Antes de la explosión del año 68, Occidente había vivido una “etapa dorada” del capitalismo. La misma se extendió hasta la crisis de 1973 y la caracterizó una economía estable y liberal con leyes de seguridad social y aumento de los salarios reales. Una generación de europeos conoció las posibilidades y ventajas del pleno empleo. En Gran Bretaña, destaca Hobsbawm, la victoria de 1945 convirtió al gobierno laborista en la mayor administración reformista del siglo.

En esta “era dorada” de expansión económica, las políticas de John Maynard Keynes (1883-1946) funcionaron sin mayores obstáculos, fundamentalmente durante los años 50 y 60. Una de las razones de la “etapa dorada” fue el precio del petróleo, es decir, la baratura del combustible.

Pero durante esta “próspera mediocridad de los años 50”, como la califica Hobsbawm, fue desterrada de Europa la idea de revolución social.

Hobsbawm adopta la perspectiva de análisis del economista ruso Nikolái Kondratiev (1892-1938) para interpretar la era dorada capitalista, como también sucede con el economista belga Ernest Mandel (1923-1995, una de las víctimas de Stalin). Kondratiev formuló las pautas a las que se habría ajustado el desarrollo económico desde el siglo xviii, en una serie de “ondas largas” de cincuenta años de duración, luego de las cuales sobrevendría una etapa descendente. En ese sentido, la “edad de oro” del siglo xx, no habría sido más que otra fase del ciclo capitalista, como la anterior gran expansión de 1850 a 1873.

El Mayo francés de 1968 marca una inflexión política y cultural en la crisis de ese tipo de capitalismo. Cinco años más tarde, cuando el cartel de productores de petróleo (la OPEP) aumentó el precio del crudo, la economía entró en una clásica depresión cíclica.

El credo fundamentalista del mercado libre, que se impuso después, es de alguna forma un producto colateral de esta “última fase del siglo corto”, es decir, de la ruptura de la llamada edad de oro keynesiana. Así el recientemente creado Premio Nobel de Economía respaldó al neoliberalismo al conceder, en 1974, el premio al economista Friedrich von Hayek y dos años más tarde, a Milton Friedman (ambos gurúes de la ideología neoliberal). En la década

de 1980, a partir de la ofensiva ideológica de Margaret Thatcher (1925) y Ronald Reagan, se generalizó la desilusión acerca de la gestión de las industrias estatales y de servicios públicos en Gran Bretaña y en los Estados Unidos.

Recién hacia el fin de siglo xx, la crisis de este (neo) liberalismo reactualizó la batalla entre los economistas keynesianos y neoliberales.

Hobsbawm frente a la “Dama de hierro”

Desde la crisis de 1956 en adelante, Hobsbawm no tuvo una intervención política importante, aunque permaneció dentro del pequeño Partido Comunista británico. Cabe destacar la publicación de artículos en su revista teórica Marxism Today, que mantuvo a fines de los años 70 una activa polémica pública acerca del futuro del partido laborista. Durante la década de 1980, esta publicación sentó una fuerte oposición al gobierno conservador de Margaret Thatcher (primera ministra entre 1979-1991) que “declaró una verdadera guerra de clases” a los trabajadores británicos.

Las transformaciones conservadoras (una verdadera revolución económica, política y cultural) amenazaron con desmantelar el Estado de bienestar de la “era dorada”. Además, el régimen de Thatcher provocó una aguda crisis en el propio Partido Laborista.

Hobsbawm atribuye el término “thatcherismo” a Stuart Hall, acuñado en un artículo que caracterizaba el clima político inglés como el “Gran Espectáculo Itinerante de la Derecha”.

Frente al thatcherismo la revista Marxism Today propició una línea política de acuerdo electoral entre el Laborismo inglés, los liberales y los socialdemócratas, es decir, la unidad del "voto táctico anticonservador" (el voto útil).

En sus escritos, Hobsbawm sostiene que Thatcher no representó solamente otro régimen burgués o conservador, sino una versión de gobierno de la derecha radical, en los años 80. De ahí la necesidad de la unidad para derrocarlo electoralmente. Pero esta postura política le valió la crítica de la mayoría de los intelectuales marxistas de la Nueva Izquierda británica: Raymond Williams, Ralph Miliband, Perry Anderson, y otras prestigiosas figuras para quienes esta táctica representaba una traición.

La revista Marxism Today desapareció a finales de 1991 al mismo tiempo que... el Partido Comunista británico y la Unión Soviética.

La guerra de Malvinas

Hobsbawm ha contextualizado la guerra en el Atlántico sur, que nada tuvo que ver con las propias islas Malvinas ni con el derecho a la autodeterminación, sino con la política interior británica: le dio popularidad a la primera ministra Thatcher, fortaleció a la ultraderecha y al Partido Conservador. En un artículo publicado en Marxism Today, Hobsbawm destaca que la guerra de 1982 proporcionó al Reino Unido una oportunidad de exhibir su arsenal, su determinación y su potencia militar. Pero fundamentalmente, permitió al thatcherismo, en el plano nacional, apoderarse de la iniciativa frente a otras fuerzas políticas y demostrar que Gran Bretaña todavía era "grande" en un contexto de crisis económica, desindustrialización y desempleo masivo (3 000 000 de desempleados). En este sentido, Malvinas representó una brillante operación política, una reacción frente a la decadencia del Imperio

Británico y Thatcher libró su propia guerra, para “hacer desfiles de victoria”. Además, sostiene Hobsbawm, la guerra sirvió para probar que es absolutamente esencial mantener una gran armada, capaz de operar en todo el globo, y demostró cuál es realmente la importancia de un arsenal nuclear exclusivamente británico.

La “nueva era” Blair

En la década del 90, el nuevo laborismo británico aceptó los resultados lógicos y prácticos del thatcherismo y abandonó deliberadamente la defensa de la propiedad pública, los derechos de los trabajadores y los sindicatos, la justicia social. Más que un laborista reformado, señala Hobsbawm, Tony Blair asumía en los años 90 la jefatura del partido como un político realista, que debía adaptarse a las exigencias de la teología del mercado. El historiador lo sintetizó de la siguiente manera: “era una Thatcher con pantalones”.

El “socialismo real” del corto siglo xx

Balance crítico de la URSS

Además de su original periodización de los conflictos del “corto siglo xx” en Europa Occidental, Hobsbawm propone sus reflexiones acerca de lo que sucedía en el otro polo del mundo. A partir de ese horizonte paralelo de análisis, investiga con una perspectiva crítica el desarrollo del socialismo soviético, fundamentalmente las consecuencias sociales de su política de modernización acelerada y forzada “desde arriba”.

En efecto, durante la década de 1930, la ofensiva industrializadora de Stalin impuso en Rusia grandes sacrificios a la población. Si bien la industrialización funcionó y convirtió a la Unión Soviética en una poderosa economía industrial, esto fue a costa de la explotación del campesinado que asumió la pesada carga del proceso de acumulación primitiva socialista. Hobsbawm destaca este aspecto de la historia social, es decir:

• cómo impactaron estas profundas transformaciones en la vida de la gente común;

• qué significado real tuvo la revolución para ellos.

Hobsbawm presenta un balance aterrador del período estalinista en

la Unión Soviética: las purgas –eliminaciones políticas– desarrolladas entre 1934 y 1939 llevaron a que cuatro millones de miembros del partido bolchevique fueran arrestados por motivos políticos y cuatrocientos mil de ellos fueran ejecutados sin juicio previo. ¡En Rusia se eliminaban a los comunistas!

Según la tesis de Hobsbawm, Stalin, quien tras la muerte de Lenin presidió esta "edad de hierro" soviética, convirtió a los campesinos soviéticos en "siervos de la gleba", en mano de obra reclusa (en los siniestros gulags) que abarcó un número entre 4 y 13 millones de personas. El fracaso de la colectivización forzosa de la tierra en cooperativas o granjas estatales fue un verdadero desastre y la Unión Soviética fue incapaz de autoabastecerse de alimentos. Esto motivó que, a partir de los años setenta, la economía socialista tuviera que depender del mercado mundial de cereales para cubrir una cuarta parte de sus necesidades. Y esta interacción con el mercado capitalista hizo más vulnerable al socialismo, que abandonó su desarrollo autártico planificado y comenzó a integrarse a la economía mundial.

Sin embargo, aunque da cuenta de la tragedia de la pos-revolución, Hobsbawm prefiere reservar el calificativo de "totalitario" exclusivamente para los regímenes fascistas. El régimen soviético de Stalin –a quien define de la siguiente manera: "un autócrata de una crueldad y falta de escrúpulos excepcionales"– quedaría pues exceptuado de estos sistemas llamados "totalitarios", término que atribuye a los críticos anticomunistas que asimilaron comunismo y fascismo en el contexto de la Guerra Fría.[20]

Hobsbawm destaca cómo, a nivel intelectual, el marxismo quedó literalmente atrofiado entre 1930 y 1956. En el dogma soviético estalinista, cualquier teoría de arte distinta al "realismo socialista" y cualquier psicología distinta a la de Iván Pavlov (1849-1936) estaban proscriptos. En esos años, Hegel fue expulsado de los aportes al marxismo, y recibió la increíble acusación de "filósofo

reaccionario de Alemania", a pesar de haber sido la fuente directa de inspiración de los escritos del joven Marx. También la física de Albert Einstein (1879-1955), el desarrollo de la genética, y la totalidad de las llamadas "ciencias burguesas" –como el psicoanálisis– despertaron suspicacias, críticas y la censura estalinista.

La caída del socialismo

El derrumbe

¿Cuál es el significado histórico de 1989?, se pregunta Hobsbawm. Ese año el socialismo burocrático se derrumbó en Europa Oriental (con la caída del muro de Berlín), anticipando la caída del régimen existente en la URSS y su estructura multinacional.

El efecto principal de 1989, según Hobsbawm, es que el capitalismo y los ricos han dejado de tener miedo al campo socialista burocrático tan extendido después de 1945. La caída del socialismo representó una verdadera ruptura histórica, el final de una era –en términos de Hobsbawm– en que la historia europea y occidental estuvo signada por el impacto y el antagonismo con la Revolución de Octubre. Como ya vimos, la Revolución soviética dominó la historia, el lenguaje y el simbolismo de la política durante todo el siglo xx, ya sea como modelo, como alternativa al régimen capitalista o como amenaza perturbadora de como la sociedad burguesa podía desembocar en otro tipo de sociedad. Según la tesis de Hobsbawm, sus repercusiones fueron mucho más profundas y generales que las de la Revolución de 1789. Esto es así pues propició a través de la iii Internacional Comunista, un "gran movimiento ideológico y político", el de mayor alcance que ha conocido la historia moderna. Analizando ese derrumbe, Hobsbawm plantea una nueva serie de hipótesis historiográficas.

El estancamiento

La relentización (regresión o estancamiento) de la economía soviética se hizo evidente en los años 80, momento en que el régimen político de los países del Este europeo y de la URSS estaban cada vez más involucrados en la economía mundial (a diferencia del período de entreguerras, cuando la URSS se mantuvo inmune a la Gran Depresión de 1930). La inserción en el mercado mundial la condujo a la exportación de energía (petróleo, gas) y a pagar crecientes importaciones de trigo de los países occidentales. En consecuencia el "talón de Aquiles" de la economía soviética fue la agricultura y la URSS, más integrada ya no fue inmune a la Crisis del 73. Eran los tiempos de Brezhnev (1965-1982) que luego fueron denunciados por el movimiento reformista de Mijail Gorbachov (1985).

Intentado una evaluación política de conjunto, Hobsbawm sostiene que:

• Europa Oriental era "el talón de Aquiles" del sistema soviético, y Polonia su punto más vulnerable. La mayor parte de los pueblos de Europa del Este estaban fundamentalmente despolitizados, el comunismo en general no fue internalizado por los pueblos, es decir, no entró en sus vidas y así los regímenes comunistas perdieron legitimidad. Sin embargo, destaca que ninguno de los regímenes comunistas de Europa fue derrotado "desde abajo", y excepto en Polonia, ninguno contaba con una fuerza de oposición política organizada (como el sindicato Solidaridad y la Iglesia Católica polaca).

• El mundo del llamado "socialismo real" estaba construido sobre líneas nacionales (con lenguas y etnias distintas) y al colapsar, la fractura se extendió inevitablemente a lo largo de aquellas líneas. Es decir, hubo un "aparente" resurgimiento del nacionalismo-separatismo en todas las sociedades de Europa del Este.

• La distorsión militar de la economía socialista que por su condición de superpotencia, con una economía estancada no podía soportar. La Segunda Guerra Fría resultó una carga cada vez más pesada. Pero además, sostiene Hobsbawm, la invasión de Afganistán por las tropas rusas en 1979, se convirtió en "el Vietnam de la Unión Soviética.

• Finalmente, las reformas de Gorbachov: la perestroika (o reestructuración económica) y la glasnost (libertad de información) significaron una reforma "desde arriba", que destruyó los mecanismos que hacían funcionar la economía soviética (centralización burocrática de la planificación) y produjo una desintegración de la autoridad, con la consecuencia del debilitamiento y colapso final de la URSS. Después de 74 años de existencia, el colapso fue del partido y del Estado soviético, que se resintió con las reformas descentralizadoras, por la incompetencia burocrática, la corrupción y la estructura de poder del partido que Gorbachov pretendió separar del Estado.

La posguerra fría

El final de la Guerra Fría, que había producido una estabilización relativa del mundo (por medio de la autolimitación y el equilibrio impuesto por las dos superpotencias) dejó disponible un arsenal inmenso. Además, la guerra ha cambiado en un doble sentido, político y tecnológico. Hobsbawm señala que la intervención de la OTAN en la crisis de Bosnia dio la ocasión para conferirle un nuevo papel, para reconstruir su función y su sentido tras el fin de la Guerra Fría. Un fenómeno nuevo, característico de la nueva era, surge de la relativa desintegración del poder de los estados en algunas zonas del mundo. Esta situación resucita figuras como la de "los señores de la guerra" o la combinación de la "guerra privada" y la guerra entre los estados. Un ejemplo de ello, es el de las

corporaciones que poseen tanta riqueza como los estados mismos. Ese es el caso de las empresas privadas que colaboran con las tropas de la OTAN. Hobsbawm interpreta que esos fenómenos conllevan una inversión de la tendencia secular a fortalecer los estados territoriales. Desde su óptica, en el siglo xxi estamos asistiendo al debilitamiento y la desaparición efectiva de algunos estados (Afganistán, Albania, los Balcanes, grandes regiones de África y de Asia occidental, como los casos del Cáucaso y Chechenia que regresaron a la guerra de clanes). Y esto se relaciona en un aspecto con la pérdida, por parte del Estado, del monopolio de la fuerza de coerción.

¿El retorno de la barbarie?

El nacionalismo en el anochecer del siglo xx

En su obra Naciones y nacionalismo (1992), Eric Hobsbawm propone algunas hipótesis e interpretaciones para analizar el desmembramiento de la URSS, Yugoslavia y Europa del Este, que amplió el número de entidades soberanas reconocidas internacionalmente como "naciones". Después de la Segunda Guerra Mundial la creación de nuevos estados reflejaba tres factores determinantes:

• la descolonización (en África y en Asia); Hobsbawm destaca que las fronteras de estos estados poscoloniales no tienen ningún significado nacional preexistente sino que reproducen las zonas demarcadas arbitrariamente por la administración colonial;

• la revolución (Yugoslavia, China, Grecia);

• la intervención de potencias exteriores (Estados creados como producto de los acuerdos territoriales de los Aliados, como por ejemplo las dos Alemanias de posguerra y el Estado de Israel).

El separatismo en Europa del Este

Hobsbawm señala que el actual brote de agitaciones separatistas y étnicas en Europa Central es propio de problemáticas del siglo xx. El nacionalismo y la etnicidad funcionarían actualmente como un "sustituto de factores de integración en una sociedad que se está desintegrando". Constituirían expresiones de una política de identidad (el anhelo de identidad de grupo). Pero es una cuestión muy diferente al nacionalismo del siglo xix, período en que la "construcción de naciones" en Europa desarrollada fue un factor central de la transformación histórica.

A fines del siglo xx, las "naciones" y los "nacionalismos" ya no son términos apropiados para describir la aparente explosión de separatismo político de los años 90 en Europa Central (Yugoslavia, Checoslovaquia), donde incluso los conflictos sangrientos entre grupos étnicos son más antiguos que el programa del nacionalismo.

En Europa del Este el separatismo tiene raíces en el período entre 1918 y 1921, con el Tratado de Versalles y el de Brest-Litovsk, es decir, con la división de los imperios multinacionales (el Imperio turco y el Imperio austro-húngaro de los Habsburgo), así como de la Revolución rusa.

Según Hobsbawm, tampoco la URSS se derrumbó bajo el peso de las tensiones nacionales internas. Por el contrario, las causas profundas de su desintegración fueron sus dificultades económicas. Antes de Gorbachov ninguna república soviética pensaba separarse de la URSS excepto en los estados bálticos. Incluso la idea de repúblicas soviéticas basadas en "naciones" fue un invento teórico de los intelectuales soviéticos más que una aspiración de los pueblos de Asia Central.

Hobsbawm afirma que el lema de la autodeterminación es actualmente un síntoma de la crisis del concepto decimonónico de

“Estado-nación”. De la misma manera, en Europa Occidental y en América del Norte la xenofobia que da paso al racismo es un fenómeno mucho más generalizado en los años 90 que durante los peores tiempos del fascismo.

El Estado de Israel

Hobsbawm no duda en calificar a Israel como “la pequeña nación-Estado militarista, culturalmente decepcionante y políticamente agresiva”[21]que excluye de los plenos derechos de ciudadanía a todo aquel que no sea hijo de madre judía. Creado como secuela de la Segunda Guerra en 1948, por entonces aproximadamente 1,3 millones de palestinos fueron registrados por la ONU como refugiados. Para 1960, señala Hobsbawm en su Historia del siglo xx, 1,2 millones de judíos habían emigrado a Israel. Los colonos crearon un Estado mayor al dispuesto por la partición inglesa del territorio y en constante expansión de sus fronteras.

La URSS había sido uno de los primeros países en reconocer al nuevo Estado de Israel. No obstante, este se consolidaría como aliado incondicional de los Estados Unidos y ejercería un gran poder a partir de la posesión de armas atómicas. En tanto historiador, Hobsbawm cuestiona la idea del pueblo judío como “víctima” con derechos exclusivos, o la idea según la cual constituye un pueblo “elegido” y especial. Prefiere sostener la idea de que el pueblo judío es “un pueblo en diáspora”.

Hobsbawm cree que el mito histórico judío de la expulsión de Palestina, y el ideal de retorno, no fue concebido como un programa político sino hasta finales del siglo xix. El descubrimiento del templo de Jerusalén, por obra de los arqueólogos nacionalistas de Israel, fue el acontecimiento utilizado para justificar no solamente la fundación del Estado sino también la idea de capital.

De manera análoga, la roca de Masada (el lugar donde 900 judíos resistieron a los romanos hasta el fin, hasta llegar al suicidio colectivo), fue transformada en un sitio de un ritual nacional en el que todos los jóvenes israelíes deben tomar parte y en un lugar habitual del recorrido turístico extranjero.

Este tipo de reconstrucción histórica (nacionalista y patriótica) es comparable a la que realizó Grecia, cuando conquistó su independencia. Hasta entonces, Atenas no era su capital. Pero fue elegida por quienes, como en el caso de Israel, tenían necesidad de remontarse a alguna gloria pasada, con pocas conexiones con la realidad histórica presente. Atenas, habitada por un cincuenta por ciento de albaneses, fue reconstruida con un estilo arquitectónico neoclásico, y transformada en capital del nuevo Estado en Grecia.

Pesimista y escéptico

El último capítulo de su Historia del siglo xx se titula “El fin del milenio”. Allí, el historiador británico ensaya una especie de balance, marcadamente pesimista y escéptico, que cierra su itinerario a todo lo largo del “siglo corto”. Hobsbawm utiliza las nociones de derrumbe, desorden global e impotencia para caracterizar el siglo en el que nos introdujo con la “era de las catástrofes”.

Para justificar esta perspectiva, es suficiente enumerar los graves problemas que ensombrecen cualquier dato optimista:

• el fracaso del modelo soviético y del socialismo burocrático;

• el fracaso del modelo neoliberal;

• el ensanchamiento irreversible del abismo entre los países pobres y los países ricos del mundo.

Según advierte nuestro autor, ya nadie espera un retorno al pleno empleo, típico de la "edad de oro" de Occidente. Por otro lado, se debilitaron o eliminaron por completo todos los instrumentos para gestionar los efectos sociales de los cataclismos económicos (por ejemplo, la seguridad social). En ese diagnóstico más bien amargo también advierte que en la política contemporánea han decaído las ideologías programáticas nacidas de las revoluciones del siglo xix.

A contramano de las versiones ingenuamente racionalistas y triunfalistas, Hobsbawm sostiene que el siglo xx ha sido una "era de guerras religiosas", idea que permitiría entender, desde su singular óptica, la fuerzas del nacionalismo y del socialismo en tanto religiones seculares.

El sombrío futuro europeo

Respecto al futuro de la tan promocionada y celebrada Unión Europea, Hobsbawm señala que bajo ningún aspecto se fundó como una organización verdaderamente democrática. Por el contrario, Europa tenderá a una situación comparable al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, donde los países que verdaderamente están en condiciones de tomar las decisiones no estarán dispuestos a ceder su poder en favor de la mayoría. En consecuencia Hobsbawm pone en duda la posibilidad de reforzar los poderes del Parlamento europeo de la Unión. Además, advierte que el actual proteccionismo une exclusivamente a los europeos frente a la competencia

económica de los Estados Unidos, pero también frente a la creciente inmigración de masas del Tercer Mundo. Pero la política agrícola comunitaria no podrá continuar una vez que los grandes países agrarios pobres de Europa del Este entren en el mercado común, porque el importe de las subvenciones que deberían recibir es del todo insoportable para el presupuesto de la Unión. En último término, concluye Hobsbawm, lo que suceda en Europa dependerá en especial del entendimiento que se dé entre Alemania y Francia, las dos eternas hermanas rivales.

Habrá que afrontar las perspectivas sombrías del siglo xxi que, como él se esfuerza en destacar, comenzó con los aspectos trágicos del siglo anterior, tal como demostró el ataque terrorista a las torres gemelas de Nueva York, el 11 de septiembre de 2001. A partir de este acontecimiento, también se demostró que desde la desaparición de la Unión Soviética una sola hiperpotencia global ha decidido que su fuerza no tiene límites a corto plazo ni tampoco los tiene su disposición a utilizarla. Estados Unidos se declaró de hecho como el único protector de cierto "orden mundial" y el encargado de determinar las amenazas que pudieran surgir contra él. Quien no acepte esta premisa puede convertirse en un enemigo potencial o real. En un miembro del religioso "eje del mal", tan religioso como el "eje del bien".

12 E. Hobsbawm. Historia del siglo xx. Crítica.

13 E. Hobsbawm. Los ecos de La Marsellesa.

14 E. Hobsbawm y Terence Ranger (editores). La invención de la tradición. Crítica, Barcelona, 1983. Sobre la problemática de la identidad y el nacionalismo en la historiografía británica se sugieren las obras de B. Anderson, Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. FCE,

México, 1993 y de E. Hobsbawm. Naciones y nacionalismos desde 1780. También I. Wallerstein, E. Balivar. Raza, nación y clase. IEPALA, Madrid, 1991, E. Gellner. Naciones y nacionalismo. Alianza, Buenos Aires, 1991 y M. Ferro. Cómo se cuenta la historia a los niños del mundo entero. FCE, México, 1993.

15 Hay una edición del Manifiesto que incluye textos y comentarios del propio Hobsbawm y otros autores, y ponencias del encuentro realizado en París con motivo del 150° Aniversario del Manifiesto (1998). En: Marx, Engels. El Manifiesto Comunista. Su actualidad. E. Hobsbawm, Michel Lowy, Rossana Rossanda. Tesis 11. Buenos Aires, 2003.

16 E. Hobsbawm. Años interesantes.

17 E. Hobsbawm. Historia del siglo xx.

18 E. Hobsbawm. Historia del siglo xx.

19 E. Hobsbawm en Revolucionarios y en Historia del siglo xx.

20 Para esta cuestión de la teoría del “totalitarismo” (que postula un paralelo entre los regímenes comunistas y el nazismo) ver: F. Furet. y E. Nolte. Fascismo y comunismo. FCE, México, 1999.

21 E. Hobsbawm. Historia del siglo xx.

A modo de conclusión

Compromiso y toma de partido

Este recorrido a través de la obra, biografía y las entrevistas realizadas a Eric Hobsbawm, nos proporciona una buena idea de su importancia como intelectual crítico y observador partícipe de su propio tiempo. Historiador agudo fuera de lo común, Hobsbawm se permite pensar la historia reciente a contrapelo de otros intelectuales lúcidos, políticamente correctos pero al fin de cuentas, tributarios de una óptica siempre liberal.

Hobsbawm formó parte de una tradición radical de historiadores socialistas británicos, fundamentalmente partidario de una concepción humanista del marxismo, que siempre destacó el papel del sujeto en la historia. En esta tradición la historia trata de las relaciones sociales y en toda sociedad de clases, estas son invariablemente relaciones de confrontación, de lucha y de fuerza. Hobsbawm se propone rastrear cada momento de esa lucha, con sus derrotas pasajeras y la persistente aparición de otros movimientos tendientes a la emancipación social.

Su original análisis de los siglos xix y xx representa una mirada alternativa a la narración de la historia como discurso del poder y de los estados. Buceador en el terreno de la historia social, Hobsbawm inscribe sus investigaciones en la larga tradición de las luchas populares (de los trabajadores o campesinos).

Por otro lado, en lugar de esforzarse por construir una interpretación pretendidamente imparcial y neutralmente valorativa, Eric Hobsbawm nos invita a tomar partido, apasionarnos y comprometernos. Esa fue su posición de toda la vida. En este

sentido su monumental historia del siglo xx expresa ese compromiso con el punto de vista de los resistentes, los luchadores y los “vencidos”. Y con sus reflexiones siempre originales ofrece un balance político lúcido de esas luchas sociales.

Palabras clave

Althusser, Louis (1918-1990): filósofo marxista francés, nacido en Argelia, de gran peso en los años 60 y 70. Hace una lectura crítica de Marx y se vale de los aportes de la lingüística (Roman Jakobson, 1896-1982), la antropología estructural de Claude Lévi- Strauss y el psicoanálisis de Lacan.

Hobsbawm y la historiografía marxista británica cuestionan el análisis estructuralista de Althusser, su pretensión cientificista y su deserción del humanismo.

Annales: escuela historiográfica francesa que se opuso a la historia tradicional positivista y enfatizó los procesos de "larga duración", la historia económica y social, así como "la historia de las mentalidades" según el nuevo vocabulario forjado por estos historiadores (el estudio de las representaciones colectivas, las categorías compartidas en una época determinada). Representantes de esta escuela son: Marc Bloch (1886-1944) y Lucien Febvre, de la primera generación de Annales y fundadores de la Revista Annales d¨Histoire Economique et Sociale en 1929. Fernand Braudel (1902-1985) dirigió la revista desde 1956 a 1968, época en la que se destacaron Pierre Vilar y Ruggiero Romano. A la tercera generación de Annales pertenecen: Jacques Le Goff, George Duby, Marc Ferro, Le Roy Ladourieg, Pierre Nora y Roger Chartier.

Bauhaus: centro político y artístico vanguardista que funcionó en Alemania hasta 1933. Sus diseños artísticos se orientaron a los objetos de uso cotidiano (sillones, lámparas, publicidad, diseño industrial, diseño de impresos, arquitectura y hasta los

billetes alemanes de 1923). Los artistas vinculados a esta escuela fueron entre otros: su director, el arquitecto Walter Gropius, Paul Klee, Wassily Kandinsky, Lazslo Moholy-Nagy y el constructivista ruso El Lissitzky. Bajo el nazismo la Bauhaus adquirió la reputación de "bolchevismo cultural", fue disuelta y sus realizadores dispersos.

Braudel, Fernand (1902-1985): Pertenece a la segunda generación de historiadores de la Escuela de los Annales. Codirector de la revista y a partir de 1956, director de la vi sección de la Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales de París. Su tesis sobre el mundo del Mediterráneo y su noción de distintos tiempos históricos (la larga duración, el tiempo corto y el acontecimiento) ejercieron gran influencia en la historiografía continental europea en la segunda posguerra. En Brasil, junto con Claude Lévi-Strauss, contribuyó a la creación de la Facultad de Letras de la Universidad de San Pablo.

Broz, Josip, alias "Tito" (1892-1980): líder yugoslavo, uno de los organizadores del Partido Comunista en Yugoslavia. Fue voluntario en la Guerra Civil española y líder de la Resistencia bajo la ocupación nazi de su país. Después de la derrota alemana en la guerra se convirtió en primer ministro y luego en presidente de un estado comunista. Tuvo fuertes enfrentamientos con Stalin y en 1948 se produjo su ruptura con la Unión Soviética, hasta la reconciliación en 1955 con Nikita Kruschev que había iniciado el proceso de desestalinización. Tito lideró también el movimiento de los países no-alineados.

Cartismo: peticiones que las comunidades obreras dirigían al Parlamento durante la Revolución Industrial inglesa (1830-1840) y que acompañaban con huelgas y manifestaciones. Los tejedores de Manchester solicitaban un impuesto sobre los telares mecánicos para igualar las

condiciones de la competencia, la limitación de horas de trabajo en las fábricas mecanizadas, el empleo de tejedores masculinos adultos (expulsados por las mujeres y niños), o un salario mínimo legal. Fue el germen del primer partido proletario en Inglaterra.

Clases subalternas: grupos sociales subordinados a la dominación burguesa. Antonio Gramsci introduce el estudio de los grupos subalternos (las clases trabajadoras, la clase obrera y los campesinos) que en las sociedades de clases modernas sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se rebelan y se levantan. Hobsbawm adopta este concepto desde sus primeros estudios sobre el campesinado en Italia y para enfocar su análisis de la protesta social, sus límites y el papel que cumplen los sectores no burgueses en las revoluciones del siglo xix y xx.

De Gaulle, Charles (1890-1970): general francés que participa en la Primera Guerra Mundial. En 1940, con la ocupación nazi de su país se niega a reconocer el armisticio y se refugia en Londres donde funda el Comité de los Franceses Libres. Luego se traslada a Argelia y entra en París en 1944, con la Liberación. Es jefe de Estado entre 1944-1946. Y presidente de la v República entre 1959 y 1968.

Doctrina Truman: doctrina que da comienzo formalmente a la "Guerra Fría", proclamada por el presidente norteamericano Harry Truman en 1947, sobre la necesidad de contención del comunismo en Europa.

Estructuralismo: corriente intelectual que nace en Francia con las ideas de Claude Lévi- Strauss y la influencia de la lingüística en otras disciplinas sociales (la antropología, la

sociología y la historia). Introduce la noción de estructura, entendida como una totalidad que otorga sentido al funcionamiento de sus partes. Supone la construcción de un modelo abstracto de relaciones estables y articuladas (estructuradas), reguladas por leyes y combinatorias. El estructuralismo concibe a las instituciones sociales como sistemas organizados, como estructuras resistentes, cuyas reglas de funcionamiento tenemos que analizar. Ejemplos: la lengua, las estructuras de parentesco.

Grundrisse: manuscritos borradores de El Capital realizados por K. Marx entre 1857 y 1858 y recién publicados entre 1939 y 1940, en los que emprende la crítica a las categorías económicas de la economía burguesa. Los historiadores socialistas británicos incluyeron la primera traducción de los Grundrisse entre sus publicaciones (a través de la Pelican Library) y presentaron este texto de Marx en la New Left Review. Estos borradores de El Capital, expresan el desarrollo intelectual de Marx y la incorporación de conceptos como relaciones sociales de producción, fuerza de trabajo (entendida como mercancía y diferenciada del proceso laboral), fetichismo del dinero, etcétera.

Historia positivista: historia tradicional que se organiza como disciplina académica en el siglo xix con Leopold von Ranke, centrada en los acontecimientos políticos y militares. Se trata de una concepción de la historia narrativa, descriptiva, cronológica, que tiene la pretensión científica de determinar "objetivamente" los hechos históricos en base a criterios rigurosos para valorar los documentos. Con esta noción de "objetividad", tomada del modelo de las ciencias naturales, se postula la neutralidad valorativa del historiador al investigar el pasado.

Historia social: campo de especialización académica que se desarrolla a fines de la década de 1950. Incluye la historia de

los pobres, de las clases bajas y sus movimientos sociales y expresiones de protesta. En la historiografía marxista, los "historiadores sociales" se orientan al estudio de las organizaciones obreras. En el mundo anglosajón la historia social está asociada a la historia económica: es decir, al estudio de las estructuras y las transformaciones sociales (modernización, industrialización), así como las relaciones entre clases. También se incluye en este campo la historia de las mentalidades y de las culturas populares.

Historiografía marxista británica: corriente de historiadores socialistas que desarrollaron sus investigaciones en la segunda posguerra y en base a la teoría marxista de la historia. Durante las décadas del 40 y 50 se destaca una primera generación representada por Eric Hobsbawm, Christopher Hill y Leslie Morton. Ellos cuestionaron la vieja historia heredada del siglo xix: narrativa, de acontecimientos y positivista, vigente en las universidades inglesas (con su gusto por la erudición, la imparcialidad del historiador y su recelo hacia las teorías y filosofías de la historia). El auge de esta nueva historia y su proceso de profesionalización se expresó además en la innovación temática (por ejemplo, el interés por el movimiento obrero británico) y metodológica (la historia económica y social). En los años 60, una nueva generación de historiadores marxistas fundan la New Left Review (revista socialista independiente), destinada a ejercer una gran influencia en la comunidad académica y en la historiografía de la segunda mitad del siglo xx. A esta nueva izquierda pertenecen los historiadores E. Thompson, Raphael Samuels, Stuart Hall y Perry Anderson.

Junto con la Escuela francesa de Annales, los historiadores ingleses renovaron el campo historiográfico. Annales se interesó más por la metodología, las estructuras y la historia medieval y moderna; mientras que los historiadores socialistas, por la teoría, las revoluciones y la historia contemporánea.

Imperialismo: el término, que no aparece en los escritos de Marx, fue analizado entre 1914 y 1916 por Lenin y convertido en un elemento clave del marxismo revolucionario de los movimientos comunistas y de liberación del Tercer Mundo. Lenin postula las raíces económicas –principalmente la fusión del capital bancario con el industrial, dando origen al capital financiero– y su correspondencia con una nueva fase del capitalismo (monopolista). Es la expansión de las potencias capitalistas y la tendencia a poner bajo su dependencia política o económica a otras regiones y pueblos del globo, bajo formas de control directo (colonias) o control informal, como protectorados y zonas de influencia.

Keynesianismo: teoría del economista inglés Jonh Maynard Keynes (1883-1946) quien como respuesta a la influencia de la Revolución Bolchevique y a los problemas de la Gran Depresión de los años 30, propuso la intervención estatal en la economía oponiéndose a la doctrina liberal del laissez-faire. En 1936 publicó su obra Teoría General del empleo, el interés y el dinero. La crisis del año 29 demostró que la visión optimista sobre el capitalismo autorregulado por los mecanismos de mercado, correspondía a una etapa inicial de la economía. Hacia fines del siglo xix, la concentración y los monopolios hicieron de la libre competencia un mito. En el desarrollo del capitalismo maduro, “la mano invisible” o los mecanismos de mercado ya no funcionaban automáticamente. El aporte de Keynes consistió, entonces, en proponer nuevos mecanismos, reactivando la producción y el consumo a través del gasto público. El Estado debía intervenir para estabilizar la economía y el nivel de empleo, neutralizando toda oposición radical al capitalismo.

Larga duración: concepto utilizado por el historiador francés Fernand Braudel para indicar que no existe un tiempo social único, sino distintos ritmos y velocidades de la historia. Al tiempo breve de la crónica política de los acontecimientos,

opone esta idea de la "larga duración", que da cuenta de una historia estructural, casi inmóvil, una geohistoria que privilegia las continuidades. El medio geográfico o las estructuras sociales se relacionan con la larga duración porque imponen límites de los cuales los hombres y sus experiencias no pueden librarse. También Braudel, ha calificado a las mentalidades como "cárceles de larga duración". La noción de estructura, tomada por Braudel de Lévi-Strauss, se relaciona con la larga duración, es decir con la organización y las relaciones sociales fijas (estructuras resistentes), que el tiempo no desgasta.

Neo-colonialismo: término utilizado a partir de la segunda posguerra y la descomposición de los imperios coloniales, para indicar la dominación y dependencia de otros pueblos (ya no como colonias típicas) sino a través del control económico y financiero, y de organizaciones internacionales (como el FMI y el Banco Mundial).

Nueva Izquierda: corriente política y cultural que surge en la década del 60 como alternativa frente al estalinismo y la izquierda tradicional. En el caso de Gran Bretaña, se adoptó este nombre para la historiográfica marxista y para su publicación, en la que se destacaron figuras como Raymond Williams, Stuart Hall, Edward P. Thompson, Perry Anderson, Tom Nairn y Robin Blackburn. La mayoría de ellos historiadores que publicaron sus estudios y ensayos en New Left Review.

Owen, Robert (1771-1858): socialista utópico británico. Impulsó el surgimiento del cooperativismo.

Pacto de Munich: producto de la política de apaciguar a Hitler,

firmado en 1938 entre los gobiernos de Alemania, Francia y Gran Bretaña. Concedía a la Alemania nazi el territorio de los Sudetes (región checoslovaca), en tanto que las potencias garantizaban el resto de Checoslovaquia que cedía esta zona y así se evitaba una nueva guerra.

Paine, Thomas (1737-1809): revolucionario inglés que defendió a la Revolución francesa y fue acusado de alta traición en Inglaterra por su publicación Los derechos del hombre.

Política de apaciguamiento: política de negociación que tanto Francia como Gran Bretaña emprendieron en la década del 30 con la renacida Alemania de Adolf Hitler. Consistía en hacer concesiones al creciente poderío alemán a fin de mantener la paz en Europa.

Primera Internacional: La Asociación Internacional de Trabajadores (AIT) fue fundada en Londres en 1864 por Karl Marx y un grupo de emigrados alemanes. También participaron, aunque en menor medida, militantes anarquistas. Procura fortalecer la organización de la clase obrera moderna. Esta Internacional reunía a las delegaciones obreras en congresos anuales y tenía su sede en Londres. Se disuelve en 1872.

Segunda Internacional: fundada en París en 1889, se disuelve en la Primera Guerra Mundial, después de que sus líderes terminaran apoyando la guerra y el militarismo, ya que a pesar de los importantes debates internos, no lograron oponer una resistencia eficaz a la guerra. A diferencia de la primera organización que impulsó el sindicalismo socialista, esta representó un frente común de los partidos de masas principalmente marxistas (en esa época denominados

Socialdemócratas), que surgieron en todos los países de Europa en el último cuarto del siglo xix.

Insurrección húngara. Las reformas de Kruschev en la Unión Soviética (1954-1964) y las denuncias de los crímenes de Stalin tuvieron amplias repercusiones en los países comunistas de Europa del Este. En Hungría, condujo a la crisis del régimen estalinista húngaro. Las manifestaciones opositoras en Budapest, capital húngara, fueron encabezadas por escritores, estudiantes y obreros. El gobierno húngaro proclamó el estado de excepción y comenzó la represión, pero la intervención de tropas soviéticas (unos 50 000 hombres) provocó el descontento nacional y la insurrección popular. En octubre de 1956 las protestas desembocaron en la huelga general y hubo una concentración frente al palacio del Parlamento. Reclamaban el retiro del Pacto de Varsovia y una política exterior neutral. La resistencia al avance de los tanques soviéticos sobre Budapest se prolongó durante cuatro días, pero finalmente fue vencida. Hubo 3 000 muertos y otros 20 000 húngaros terminaron o en campos de concentración, o fueron deportados a la URSS o tuvieron que emigrar. Así, mientras Kruschev proclamaba la "coexistencia pacífica" con Occidente, la Unión Soviética aplastó los sueños de libertad política y cultural en Hungría, y perdió su prestigio internacional por la intervención militar en este país.

Stalinismo: régimen e ideología política de José Stalin en la Unión Soviética, caracterizado por la persecución ideológica, el fortalecimiento de las fuerzas de seguridad, la ilegalización de la disidencia, las purgas y el abandono de la democracia interna en el Partido Bolchevique. Durante la década del 30, en los procesos de Moscú, los viejos dirigentes bolcheviques fueron encarcelados, deportados a campos de trabajo, o ejecutados. También la cultura quedó supeditada al poder: a una versión oficial, economicista y rudimentaria del marxismo, una doctrina artística (el realismo socialista) considerada única, y a una ciencia oficial que rechazaba las innovaciones

de Occidente (la teoría de la relatividad, el psicoanálisis, la genética, etcétera).

Taylorismo: teoría iniciada por Frederick Wilson Taylor, quien demostró que el principal obstáculo para la acumulación del capital era la resistencia obrera a intensificar su trabajo en la fábrica. La presión sobre los beneficios en el período de la depresión de 1873, impulsó a Taylor a desarrollar métodos de control del proceso productivo (por ejemplo, introduciendo el cronómetro dentro de la fábrica). Buscó la manera de sacar mayor rendimiento de los trabajadores a través de indicaciones precisas sobre cómo debía desarrollarse el trabajo (secuencia de movimientos) y el ritmo óptimo que este debía tener para reducir los "tiempos muertos" o improductivos en la fábrica.

Tercera Internacional Comunista (Komintern): organización internacional fundada por los bolcheviques –encabezados por Lenin y Trotsky– después de la Revolución de Octubre (1917) que dio lugar a la creación de partidos comunistas en toda Europa. El primer Congreso se celebró en Moscú en 1919 con la presencia de Lenin.

Propició la ruptura permanente de los partidos de izquierda en dos corrientes: la socialdemócrata y el ala revolucionaria. La Internacional, que por primera vez incorporó al socialismo la lucha de los pueblos coloniales, semicoloniales y dependientes, suscitó el rechazo inmediato y contundente de los gobiernos y de todo el espectro político burgués europeo. El Komintern fue disuelto por J. Stalin durante la Segunda Guerra Mundial (1943), a petición de los dirigentes aliados. Durante la Guerra Fría, siguió existiendo como movimiento comunista internacional subordinado a Moscú, y atravesó maltrecho las crisis de 1956 y 1968.

Thatcher, Margaret: política conservadora británica educada en la Universidad de Oxford. En 1975 fue designada líder del Partido Conservador y en 1979 se convirtió en la primera mujer que accedía al cargo de Primera Ministra en Gran Bretaña. Conocida como la "Dama de hierro", fue reelecta en 1983 y 1987, ejerciendo una política de choque, neoliberal y en contra de la clase trabajadora. Según Hobsbawm, expresó la política radical de derecha.

Tradiciones inventadas: noción que introduce Hobsbawm para comprender las prácticas de naturaleza ritual que simbolizan la cohesión social o pertenencia a comunidades reales o artificiales, fundamentalmente en el marco de los estados modernos. Estas legitiman instituciones, relaciones de autoridad, inculcan valores o convenciones, destruyen o diluyen identidades de clase y las reconstruyen en función de la hegemonía política de los sectores de poder.

Bibliografía de Eric Hobsbawm

. Trabajadores. Estudios de historia de la clase obrera. Barcelona, Crítica, 1979.

. El mundo del trabajo. Barcelona, Crítica, 1987.

. Industria e imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750. Barcelona, Ariel, 1987.

. Rebeldes primitivos. Estudio sobre las formas arcaicas de los movimientos sociales en los siglos xix y xx. Barcelona, Ariel, 1983.

. Bandidos. Barcelona, Crítica, 1998.

. Revolución Industrial y revuelta agraria. Madrid, Capitán Swing, 1978.

. Marxismo e historia social. México, Tebeka, 1983.

. Naciones y nacionalismo desde 1780. Barcelona, Crítica, 1992.

. La invención de la tradición (con Terence Ranger). Barcelona, Crítica,

2002.

. Gente poco corriente. Resistencia, rebelión y jazz. Barcelona, Crítica, 1999.

. Los ecos de La Marsellesa. Barcelona, Crítica, 1990.

. La era de la revolución, 1789-1848. Barcelona, Crítica, 1998.

. La era del capital, 1848-1875. Barcelona, Crítica, 1998.

. La era del imperio, 1875-1914. Barcelona, Crítica, 1998.

. Historia del siglo xx. Barcelona, Crítica, 1995.

. Sobre la historia. Barcelona, Crítica, 1998.

. Revolucionarios. Barcelona, Crítica, 2000.

. Años interesantes. Una vida en el siglo xx. Barcelona, Crítica, 2002.

. Entrevista sobre el siglo xxi. Barcelona, Crítica, 2000.

. Política para una izquierda racional. Barcelona, Crítica, 2000.

. El Manifiesto comunista, su actualidad (Con Michael Lowy, R. Rossanda). Buenos Aires, Tesis once, 2003.

. "Fuera de las cenizas", en: Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo. Compilado por Robin Blackburn. Barcelona, Crítica, 1993.

. "Adiós a todo eso", en: Después de la caída. El fracaso del comunismo y el futuro del socialismo. Compilado por Robin Blackburn. Barcelona, Crítica, 1993.

Eric Hobsbawm en Internet

La bibliografía de Eric Hobsbawm y sobre Hobsbawm en Internet es muy extensa, incluye reproducciones de algunos de sus artículos, entrevistas, críticas bibliográficas y comentarios o debates en torno a su obra.

Para no perderse en esa masa inconmensurable de información sugerimos comenzar a navegar por las siguientes direcciones:

• www.newleftreview.net/index.shtml

En este sitio, que pertenece a la célebre revista de la Nueva Izquierda británica, hoy reconocida en todo el mundo académico, se pueden encontrar diversos materiales clásicos del propio Hobsbawm y también de otros historiadores –algunos más jóvenes que él, como Perry Anderson– pertenecientes a la historiografía británica.

• www.elhistoriador.com.ar/entrevistas/h/hobsbawm.htm

En esta dirección electrónica se pueden consultar entrevistas donde Hobsbawm expresa de un modo sencillo y accesible a los lectores que no son necesariamente historiadores, algunas de sus principales tesis políticas. También narra recuerdos autobiográficos sobre sus experiencias a lo largo del siglo xx.

• www.lasbibliotecas.net/librosgratis/h.htm

Aquí se pueden bajar algunos de sus libros más famosos en forma gratuita.

Datos de la autora

Marisa Gallego es historiadora e investigadora. Egresada de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires).

Trabajó en la investigación de la obra colectiva Grandes protagonistas de la historia argentina, colección dirigida por Félix Luna (Planeta, 1998).

Entre sus publicaciones podemos mencionar: “Clase obrera, dictadura y resistencia (1976-1983)”, en Laura Pasquali (comp.) Historia social e historia oral. Homo Sapiens (Rosario. 2008); I. Vázquez, U. Gorini, M. Gallego. Luchar siempre. Las marchas de la Resistencia 1981-2001, editado por las Madres de Plaza de Mayo (2002); Marisa Gallego, Teresa Eggers, Fernanda Gil Lozano. Historia Latinoamericana 1700-2005 (Maipue, 2006)

Y como coautora de libros de textos para Educación Secundaria:

Historia Mundial Contemporánea (Maipue, 1999); Historia Latinoamericana en el contexto mundial siglo xix (Maipue, 2005); Historia Latinoamericana en el contexto mundial siglo xx (Maipue, 2005); Cultura y Comunicación (Maipue, 2002); Derechos Humanos y Ciudadanía (Maipue, 2002); Historia ii, América indígena y expansión europea (Maipue, 2008); Historia iv, Argentina, América y el mundo en la primera mitad del siglo xix (Maipue, 2010); Historia v, Argentina, América y el mundo en la segunda mitad del siglo xix (Maipue, 2011).